



—¡Ella casada!—murmuró Espinosa.—¡Ella viuda! ¡Mientras yo moría!...

El brigadier se levantó y procuró orientarse para volver á Villafranca.

Pero, sin embargo de haber andado en todos sentidos, no conseguía salir del bosque, cuya espesura lo convertía en un verdadero laberinto.

De pronto llegaron hasta él los ecos apenas perceptibles de las cornetas del ejército español tocando llamada.

—¡Van á partir!—exclamó Espinosa.—¡Y yo, cobarde de mí, después de cometer una acción indigna la pasada noche, iré á quedarme aquí, mientras ellos vuelan al combate! Salgamos pronto, aunque sea pegando fuego al bosque para ver dónde me encuentro.

—¡Qué idea!—repuso.—Tal vez subiéndome á la copa de algún árbol podré orientarme.

En efecto, trepó ágilmente por las ramas de una haya y vió á poca distancia una humilde cabaña por cuya chimenea salía blanca nube de humo.

—Esas gentes podrán guiarme,—exclamó.

Dirigióse á la solitaria choza, recibéndole con furiosos ladridos un corpulento perro de presa.

—¡Quieto, León!—exclamó una voz de singular dulzura.

Y salió de aquel pobre albergue una joven, casi una niña, á cuya vista aquietóse León, que fué á tenderse junto á la puerta.

Espinosa, sin saber por qué, levantó los ojos al cielo después de haber mirado á la joven, y vió una hermosa estrella que centelleaba por encima de las rosadas tintas de la aurora.

La niña, cual si adivinara el pensamiento de Espinosa, exclamó:

—Es el lucero de la mañana: pronto vendrá el día.

Del interior de la choza salió entonces una vozcita de niño y dijo:

—¡Estrella! ¿Con quién estás hablando? ¡Mátale si es algún francés!

Espinosa quedó inmutado ante la niña sin acordarse del motivo que le había traído allí.

—¿Qué queréis, señor militar?—preguntó al ver que Espinosa la miraba sin hablar, como hechizado por aquella inesperada visión.

El brigadier volvió en sí y se dió cuenta de su situación.

—Quería saber, niña, qué camino he de tomar para volver á Villafranca.

—Yo he de ir allí y os guiaré,—contestó Estrella.—Esperad un momento á que vaya á vestir á mi hermanito.

IX

Espinosa quedó solo con León. Era éste un enorme perrazo de pelaje oscuro y formidables mandíbulas. Llevaba un lujoso collar, y grabado en él se leía el nombre del animal.

Estrella salió, llevando de la mano á un niño de unos cinco años.

Jamás grupo más interesante había cautivado las miradas del brigadier. Era la niña una morenita de quince abriles á lo más, de negros ojos sombreados por larguísimas pestañas, delicada nariz, boca de clavel y redonda barbilla. Era alta, recia y esbelta. Iba vestida con el traje asturiano: sayas y corpiño encarnado, con una valona de igual color, y un pañuelo blanco en la cabeza, atado sobre la frente, dándole cierta apariencia monjil. Asomaban por los lados de la cara algunos rizados cabellos, negros y sedosos, y le caían por la espalda dos largas trenzas. La niña llevaba en la mano un cesto y le seguían varias cabras, blancas como la leche.

El niño era rubio, de ojos azules, gordito y sonrosado, y contrastaba con su temprana edad la expresión de gravedad y decisión que expresaban las líneas de su rostro, muy diferentes de las de su hermana.

Llevaba el traje del país, y jugaba con un cuchillito cortando los lirios que encontraba por el camino y dándolos á la niña. Los ojos de ésta eran tan luminosos que parecían fosforescentes, sin dejar de ser dulces y lánguidos. Cuadrábale perfectamente el nombre con que le había llamado su hermano.

Anduvieron por entre la enramada algún trecho, saludados por los coros de alondras, vencejos y pardillos que lanzaban sus alegres trinos en aquella hora matinal. Todo estaba bañado de rocío y el chiquitín cuidaba de que las cabras no paciesen la yerba, entonces muy aljofarada, y dañina por lo tanto.

—Y tus padres, niña,—preguntó Espinosa,—¿dónde los tienes?

—No tengo padres, señor,—contestó Estrella;—los franceses los mataron.

—¡Pobrecitos!—contestó afigido el brigadier.—
Y ¿con quién vivís, pues, tú y tu hermano?

—Solos.

—¡Solos en medio de este bosque!... ¿No tenéis miedo?

—León nos defendería si alguien quisiera hacernos daño; pero además somos valientes el nene y yo, y no nos da miedo nada.

—¡Desgraciados niños! Pero ¿hace mucho que quedasteis huérfanos?

—Harto tiempo hará siempre que hayamos perdido á nuestros padres, señor. El nuestro murió en la batalla de Espinosa y mi madre fué fusilada por los húsares de Kellermann.

El brigadier sintió que se le oprimía el corazón.

—¿Vivíais aquí mismo?

—No, señor. Yo soy hija de Astorga. Mi padre era labrador y sentó plaza para combatir á los franceses. Luego que murió, mi madre se fué con nosotros á Benavente y allí se puso á trabajar en un telar. Nunca nos faltó nada mientras vivió ella. Matáronla los franceses, lo mismo que á otras mujeres, en venganza de haber hecho prisioneros los ingleses á un general suyo, y yo, al verme sola, huí de allí, acordándome de que teníamos parientes en Villafranca. No los encontré, sin embargo. Unos carboneros me dijeron entonces, al vernos solos y desamparados á Ramón y á mí, que ellos tenían una cabaña en este bosque, donde habían quedado también algunas cabras abandonadas, y que, si queríamos, podíamos mantenernos vendiendo la leche y haciendo quesos. Al punto me vine aquí y encontré á este perro, que andaba perdido. Llegóse á mí, haciéndome mil caricias, y desde hace dos meses es nuestro fiel compañero.

—Y ¿cómo no te daba miedo ir á Villafranca, estando allí los franceses?

—A esta hora no bajaban todavía del castillo. Ayer oí tiros y cañonazos y supuse que estaba otra vez en poder de los españoles. ¿Fuisteis vos de los que los hicieron rendir?

—Sí: allí estuve también.

—¡Cuánto me alegro!

—¡Y yo!—replicó el chiquillo.—Mataría muchos franceses: ¿verdad?

—Muchos, rapaz. ¿Te gusta á ti que maten franceses?

—¡Oh, sí! ¡Ya veréis, cuando yo sea soldado, cuántos mataré!

—¿Tú quieres ser soldado?

—Soldado no: general. Mi padre lo hubiera sido, porque era muy valiente.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—Se llamaba Ramón de Orrantía, y servía en el regimiento de Quirós.

—Bien se portó,—dijo Espinosa.—Batiéronse todos como leones, dándoles el ejemplo su valiente general, que murió también allí atravesado de dos balazos.

—¿Estuvisteis vos en la batalla?—preguntó vivamente Estrella.

—Sí.

—¿Ibais también con Quirós?

—No: iba con el conde de San Román, muerto en el campo del honor, como aquél.

—Y ¿visteis cómo combatían los asturianos?

—No pude verlo: solo sé que se portaron conforme debían.

—Y ¿por qué no lo pudisteis ver?

—Porque... estábamos muy separados.

X

La niña miró á Espinosa y se fijó en una cicatriz que alcanzaba hasta cerca de la sien.

—¿Os hirieron?—dijo con voz en que trasparentaba extraño interés.

—No: fué un rasguño.

—¡Oh, no! ¡Fué un balazo! Quitaos el sombrero: á ver. ¡Jesús, qué herida!

—Pero...

—¿Eso os hicieron los franceses?—dijo iracundo el chiquitín.—¡Malditos sean todos ellos!

—Vamos,—repuso Espinosa;—no hablemos de eso ahora, sino de vuestros padres. ¿Decías que á tu madre la fusilaron los húsares de Kellermann?

—Sí: los ingleses les cogieron un general y ellos lo hicieron pagar á las pobres mujeres que quedaron solas en Benavente.

—¡Infames!—murmuró Espinosa.—Así, pues, ¿estáis solos en el mundo?

—Dios no nos abandonará.

—¡Ni yo!—exclamó Espinosa.—¡Pobres niños!

—¿Qué queréis hacer?—replicó Estrella.

—Quiero que nunca os falte nada y que, si habéis

perdido á vuestros padres, hayáis encontrado en mí quien os ampare y os proteja.

—Y ¿quién sois vos?—preguntó con cierta altivez Estrella.

—Soy un militar español, un compañero de armas de tu padre.

—¡A lo menos seréis capitán!—replicó el rapaz.

—Más que capitán, chiquillo.

—No me llaméis chiquillo, señor oficial: me llamo Ramón, como mi padre.

—Pues bien, Ramón: soy brigadier.

—¡Brigadier! ¡Más que general!

—No tanto, pero más que coronel.

—¡Más que coronel!

—Más.

—¡Pues llevadme con vos á la guerra y podré ser vuestro corneta!

—¡Calla, arrapiezo! No estas tú para ir aún á la guerra, pero yo te prometo que te llevaré cuando tengas más años.

—¿De veras, señor brigadier?

—De veras, Ramón.

XI

Ya empezaban á divisarse los torreones del castillo, en uno de los cuales ondeaba la bandera nacional.

—¡Mirad, mirad cómo está allí clavada la bandera!—exclamó Ramón.—La que antes había era de tres colores. ¡Oh, qué bonita es la nuestra! ¡Más que ninguna!

—¡Bien dices, rapaz! ¡Es la bandera de tu padre!

—¡Y la mía!—exclamó Estrella con vehemencia.

—¡Oh, sí! ¡Jamás le des la espalda, Estrella! ¡Amala como á tu madre! ¡No la vendas, no le hagas nunca traición!—repuso Espinosa con cierta expresión extraña.

—Si soy española y mis padres también lo fueron,—repuso Estrella,—¿cómo queréis que yo reniegue de la bandera de mi patria? ¡Antes mil muertes que tal infamia!

—¡Estrella! ¡Estrella!—exclamó Espinosa.—¡No sabes cuánto bien me haces al hablar así!

—¿Cómo os llamáis vos?—dijo de pronto la niña.

—Me llamo Espinosa,—contestó el brigadier.

—No olvidaré ese nombre,—repuso Estrella.

—Es el de la batalla en que murió mi padre,—dijo Ramón.

—¡Espinosa!—repitió otra vez, como para sí, la hermosa morenita.

XII

A las ocho de la mañana entraban en Villafranca el brigadier y los dos niños.

Ramón se puso muy ufano al ver que los centinelas exclamaban al divisar á Espinosa:

—¡Cabo de guardia! ¡Señor brigadier!

Y que salía la guardia, se formaba y saludaba marcialmente á su acompañante.

Así llegaron hasta el alojamiento de Espinosa. El digno jefe les hizo sentar á la mesa para almorzar, y á los postres les habló de esta manera:

—No puedo permitir, amigos míos, que los hijos de uno de los bravos de Espinosa de los Monteros se encuentren reducidos á tan dura condición como la en que os veis colocados vosotros. Quisiera que en obsequio á la memoria de vuestros padres aceptaseis mi ofrecimiento de quedar para siempre á mi cuidado. Había pensado llevaros conmigo á Oviedo, y allí yo te dejaría á ti, Estrella, en algún monasterio de dignas religiosas hasta que fueses casadera, y á Ramón lo pondríamos en el convento de los benedictinos, monjes amigos míos todos. Yo no he contraer matrimonio nunca, y será vuestra mi escasa fortuna, siendo para mí la mayor satisfacción poder servir de algo, remediando así en parte las desgracias que os ha ocasionado esta guerra, dejándoos desvalidos y sin arrimo.

—Yo me basto para ganarme la vida,—respondió, poniéndose encendida, la niña.

—Y si por desgracia faltases un día, Estrella,—replicó Espinosa.—¿cómo dejarías á tu hermanito?

La altiva jovencita bajó la cabeza y perdió el color.

—Siento haberte afligido hablándote así,—dijo el brigadier;—pero comprende que cuanto te he hablado sólo lo he hecho movido por el interés que me inspira vuestra situación. Aceptad, pues, mi humilde oferta, y así estaré contento yo y seguros vosotros.

—Haced lo que queráis, señor,—murmuró la niña,—y contad con nuestro eterno agradecimiento.

—Y cuando yo sea hombre hecho, ¿me haréis ser militar?—exclamó el rapaz.

—Militar, sí: lo mismo que yo, Ramón.

—¿Y brigadier?

—Más aún: capitán general.

—Gracias, mi brigadier.

—¿Nos permitiréis, antes, que volvamos á la cabaña para despedirnos de las pobres cabras?

—¡Y de León!—repuso el chico.

—¡Oh, sí! Iremos á recogerlos á todos y os los llevaréis con vosotros. ¡Pues no faltaba más!

XIII

Espinosa sentía un extraño desahogo en su corazón al practicar aquella obra de caridad: la primitiva cólera habíase tornado en melancólica resignación. Aquellos inocentes niños, víctimas de la abominable guerra promovida por Bonaparte, le habían inspirado cierto sentimiento que había calmado la tempestuosa desesperación experimentada por su alma al recibir la fatal noticia de la traición de Rosario.

Fuéronse al día siguiente al bosque, y desde lejos corrieron á su encuentro el hermoso León y las blancas cabritillas. Despidiéronse de aquel pobre albergue, y, regresando á Villafranca, salieron á los pocos días en dirección á Oviedo, llevándose los vendedores á los prisioneros.

Así que hubo emprendido la marcha la columna,

empezó á salir densa humareda por las ventanas y techos del castillo: era que los villafranqueses habían pegado fuego al palacio para que no pudiera servir otra vez de refugio al enemigo.

Por el camino recibieron gratas noticias: los franceses se encontraban bloqueados dentro de Tuy por el abad de Couto; Vigo había caído en poder de don Pablo Morillo, cogiendo además 1,500 prisioneros: en aquel lance el terrible Cachamuña había derribado á hachazos la puerta de la ciudad después de haber caído muerto un marinero que le había precedido cuando se iba ya á entrar por asalto.

Hazaña puramente española era aquella: ¡haber reconquistado á Vigo sin una sola pieza de artillería ni un solo ingeniero! Súpose también que Napoleón corría peligro de verse metido en una nueva guerra contra el Austria, lo cual no podía menos de favorecer la causa española.

En suma, las cosas del Norte marchaban bien en la primavera de 1809.

Al llegar á Oviedo dejó Espinosa en un convento á la hermosa huérfana y confió al cuidado de los benedictinos al rapaz, yendo en seguida á incorporarse de nuevo á Mendizábal, que mandaba la vanguardia de la división Mahy.

Ya veremos cómo la victoria sonreía á aquellas tropas, y cuán pronto debían añadir nuevos laureles á los de Villafranca del Bierzo.



CAPÍTULO XI

Un golpe de Estado

I

CREEMOS haber insistido bastante en poner de relieve las altas y felices prendas del ilustre marqués de La Romana para que podamos, en honor á la verdad, señalar algunos defectillos de su carácter.

Harto tranquilo después de las victorias alcanzadas, dejó de la mano los negocios militares, que eran los suyos, y metióse á cabildero, enredándose en contestaciones con la Junta de Asturias. Gran falta fué la suya en no aprovecharse del terror que inspiraba su nombre en la corte del rey José, considerándole como causa de la formidable insurrección gallega y como autor de aquel sistema de levantar los pueblos en masa, tan fatal para los planes de conquista que abrigaba el enemigo. Gran falta fué la suya también en no saber que los franceses habían decidido apoderarse á toda costa de su persona, siempre aborrecida desde los sucesos de Dinamarca, y que estaban combinando la manera cómo cogerlo y sorprenderlo, si posible fuese, en su mismo alojamiento. Gran falta fué, otra vez, la suya, en no tener noticia de los movimientos que hacían los imperialistas con aquel objeto, acudiendo el mariscal Mortier desde Aragón, y Kellermann, Ney y Bounet desde Castilla, para entrar todos á la vez en Asturias en un día dado, y caer de un golpe sobre la capital, cerrando toda salida al general español.

Nada de esto, sin embargo, tenía en cuenta el buen marqués, harto ocupado en revolver papeles y sumar guarismos y en entrometerse en las providencias y la gestión rentística de los dignos patrios que componían la Junta del Principado y que tan relevantes pruebas habían dado de honradez, actividad y abnegación.

Tenía, entre otros defectos, La Romana, el de ser asaz impresionable, y al llegar á Oviedo, y aun por el camino, se le habían acercado quienes no se avenían con que los legos y donados, y los beneficiados no ordenados *in sacris*, se vieses obligados á empuñar las armas como los paisanos. Quejéronse amargamente al marqués de semejante disposición, dictada por la Junta, y el marqués, cosa extraña, en vez de aplaudir tan justo decreto, dióles la razón á los que de ello se querellaban.

Éste fué el principio de las desavenencias, que llegaron á su colmo con motivo del reparto de cuatro millones enviados por la Central á la Junta, y que La Romana quería aplicar únicamente á su ejército. Dejó asomar su asquerosa cabeza la calumnia, y la venenosa serpiente silbó algo sobre malversación de caudales: bastará saber que manejaba los fondos el honradísimo marqués de Vista-Alegre para calificar de villana infamia semejante insinuación.

No habría leído, sin duda, La Romana, la fábula

de los dos conejos, y no pensaba, por lo tanto, que los galgos de Ney podían acercarse á Oviedo, mientras él sumaba y los demás corrían.

II

Una noche llegó á su colmo su exasperación por el altivo lenguaje con que respondió la Junta á sus intimaciones.

—Vaya V. á decir al coronel O'Donnell que se me presente en seguida,—exclamó dirigiéndose á un ayudante.

Al poco rato entraba D. José O'Donnell en el despacho del general.

—Tengo que comunicarle á V. órdenes muy trascendentales, coronel. Se trata de hacer un nuevo 18 de Brumario.

El coronel no le entendió.

—¿No me comprende V., D. José? Pues sabrá V. que el general Bonaparte, cuando no era más que general, penetró con sus granaderos en el salón del Consejo de los Quinientos disolviendo aquella asamblea de revolucionarios y haciéndose nombrar luego cónsul. Yo no trato, ciertamente, de hacerme nombrar cónsul, pero sí de disolver á esa Junta de Asturias, que no quiere obedecerme y es mil veces peor que el Consejo de los Quinientos. ¡Oh, sí! ¡Una verdadera Convención, un club!

—Y ¿qué he de hacer, mi general?

—Présteme V. atención, coronel. Ya sabe V. cuánto le aprecio y le estimo, y por eso encomiendo á V. la realización de ese verdadero y atrevido golpe de Estado.

—Gracias, mi general.

—V. es hombre que merece toda mi confianza y mis simpatías. Ya sé que me acusan de favoritismo en muchos de mis actos, pero no haga V. caso de esas murmuraciones.

—No les hago caso, mi general.

—Está bien. Ahora oiga V. Tomará V. los cincuenta granaderos de la Princesa que vinieron conmigo de escolta desde Ponferrada.

—Los tomaré, mi general.

—Procure V. que vayan bien uniformados: páseles V. una buena revista de policía.

—Irán perfectamente, mi general.

—¡Lástima que no se hayan adoptado para los granaderos las gorras de pelo!

—Verdad, es lástima.

—Se pondrá V. al frente de esos granaderos, y cuando esté la Junta en sesión, se dirigirá V. á las Casas Consistoriales.

—Me dirigiré.

—Una vez haya V. llegado, preguntará V. dónde celebran sus conciliábulos los rebeldes.

—Lo preguntaré.

—Y, una vez enterado, siempre al frente de la fuerza, se encaminará V. á la puerta del salón ó, por mejor decir, del antro.

—Me encaminaré, mi general.

—Ya está V. en el dintel: entonces, con voz imperiosa y hueca, gritará V., como Bonaparte...

—¿He de gritar como Bonaparte? Considere vuestra excelencia que Bonaparte gritaría en francés, y que yo sólo sé español y algo de inglés.

—Lo gritará V. en español, D. José. Gritará usted: «—¡Granaderos, marchen!», y penetrará V. en el salón, como Bonaparte.

—Penetraré, mi general.

—Allí encontrará V. reunidos á D. José del Busto, á los condes de Peñalva y de Toreno, los marqueses de Vista-Alegre y de Santa Cruz del Marcenado, Llano Ponte, Miranda, Acebedo, Flores Estrada, el marqués de Santa Cruz, el canónigo Ahumada y otros revolucionarios de la misma calaña.

—Los encontraré, señor marqués.

—Una vez dentro, exclamará V. con voz de trueno: «—¡Queda disuelta la Junta de Asturias! ¡Despejen el salón!»

—Así lo diré, tal como V. E. me ha indicado, mi general.

—Y nada más. Yo nombraré después otra Junta.

—Como V. E. guste, mi general.

El señor D. José O'Donnell, coronel del regimiento de la Princesa, cumplió, en efecto, al pie de la letra, las instrucciones de La Romana, mostrándose digno predecesor de sus descendientes en otras hazañas de igual jaez, aunque de mayor importancia, y abriendo, por lo tanto, el camino para que cada quisque diera golpes de estado cuando le pluguiese.

Ridícula fué aquella parodia del 18 Brumario, pero aun fué peor haber atentado contra la legalidad de una veneranda asamblea legítimamente constituida y derribar por la fuerza una institución que tan grandes servicios había prestado.

III

La Romana nombró otra Junta, figurando en la lista el ilustre conde de Toreno, autor de la magnífica *Historia* de aquella guerra. El conde, que era una bellísima persona, un modelo de buenos liberales y un talento de primer orden, tuvo el buen gusto de no admitir el cargo, por considerar aquel procedimiento ilegal y dañino.

El general iba á recoger el fruto de su negligente conducta. Hasta el 17 de mayo no recibió la noticia de que Ney, Kellermann y Bonnet se dirigían contra él, encontrándose, por decirlo así, á las puertas de Oviedo. Las aficiones políticásticas del marqués le habían hecho descuidar enteramente los asuntos de la guerra, y en aquel momento podía darse cuenta de lo mal que había empleado el tiempo.

No había en Oviedo otra fuerza que el regimiento de la Princesa, muy mal pertrechado y dotado apenas con 600 hombres. Romana creyó haber hecho bastante mandando defender los puentes de Peñaflores y Gallegos y no se movió de la capital. El puente de Peñaflores fué tomado sin causarnos casi ninguna pérdida durante la acción, pero hizose en cambio espantosa carnicería con los prisioneros, todos honrados paisanos, padres de familia que no habían cometido otro crimen que el de obedecer al llamamiento que se les había hecho.

Tomado el puente de Peñaflores, acometieron los franceses el de Gallegos, defendido por el regimiento de la Princesa, que hubo de ceder, emprendiendo sin embargo la retirada en perfecto orden y con escasas pérdidas.

La Romana huyó entonces de Oviedo, donde penetraron los franceses entregándose al pillaje y al saqueo durante tres días sin interrupción. El general español se dirigió á Gijón, embarcándose con sus ayudantes y comitiva en el bergantín de guerra *Palomo*. Apenas acababa de poner el pie á bordo, entraban los franceses en la ciudad patria de los Jovellanos.

Si La Romana, en vez de cabildear y meterse en lo que no debía, hubiese puesto atención en las cosas de la guerra; si contando con que los franceses no dejarían de atacarle hubiese cuidado de estorbar las marchas de Ney cortando el puente de Peñaflores é inutilizando las barcas del paso de Cornellana para que no pudiesen atravesar el Narcea,

hubiera tenido tiempo de hacer frente al enemigo reconcentrando las numerosas tropas que estaban esparcidas por el Principado y no hubiera debido huir precipitadamente.

¡Inconvenientes de entretenerse en hacer diez y ocho Brumarios estando en Floreal!

IV

La Romana desembarcó en Rivadeo con su cuartel general.

El regimiento de la Princesa se había unido á Ballesteros, que se encontraba al frente de diez mil hombres en los riscos de Covadonga.

A su llegada á Galicia encontróse La Romana con que las cosas iban marchando allí tan lisonjeramente como cuando se trasladó á Asturias. El enemigo había evacuado á Tuy. El bizarrísimo general don Martín de la Carrera había arrollado y desbaratado á los franceses en el campo de la Estrella, y Morillo había entrado en Santiago, de donde había huído el enemigo.

En suma, las cosas del Norte marchaban bien en la primavera de 1809.

V

La división Mahy constaba de 6,000 hombres y 200 caballos.

Mandaba la vanguardia, según hemos dicho ya, el intrépido D. Gabriel de Mendizábal, el centro Taboada, y la caballería D. Juan Caro, pariente de La Romana.

Era una fresca mañana de mayo. El campo estaba cubierto de verdura, esmaltadas de flores las praderas, risueño el cielo, plácido el ambiente.

La columna marchaba animada y contenta por la carretera cuando las avanzadas divisaron al enemigo que salía de Feria de Castro, á dos leguas de Lugo. Trabóse una ligera escaramuza y los nuestros persiguieron al francés hasta los muros de la vieja ciudad gallega, en cuyos torreones tremolaba la bandera tricolor.

Mandaba la plaza el general Fournier, excelente militar y bastante buena persona: no era una fiera humana, como el abominable Maurice Mathieu, el verdugo de Asturias, ó como Kellermann, el mutilador de los caballos españoles que caían en su poder,

á los cuales mandaba sacar los ojos. Hay que hacerle justicia á Fournier y no confundirle con aquellos dignos sicarios del sanguinario y cruel emperador Napoleón Bonaparte, mil veces más inhumano que Marat, sin el atenuante de obrar movido por el amor al pueblo, como era el caso de este último.

Tenía una singular manía el general francés, cual era la de hablar en latín con los obispos y clérigos que se le acercaban, y prefería tal vez pasar por consumado conocedor de Horacio antes que por ilustre discípulo de Marte.

A todo esto andaban á la greña Ney y Soult, rayando la iniquidad que mutuamente se tenían en un extremo escandaloso. Mahy sabía que el segundo venía huyendo de Portugal donde lo habían derrotado completamente los ingleses, y quiso probar de tomar á Lugo antes de que Fournier pudiese recibir refuerzos.

Mandaba Espinosa una brigada de la vanguardia, compuesta casi toda de catalanes. Eran tropas ligeras, aguerridas y valientes.

Desde cerca pudieron ver lo arduo que era dar el asalto á Lugo. Ocupa esta ciudad una eminencia y corren por sus pies el Miño, que ocupa el fondo de un altísimo despeñadero inaccesible, y otro río al cual se va bajando en suave declive. Decidieron atacar por allí los nuestros, y, presumiéndolo el francés, salió de la plaza y se preparó á recibirlos en las inmediaciones.

—Vamos á tener fuego en grande,—se decían los soldados.

—Será una acción muy divertida,—exclamaban otros.

—¡Somhi, somhi!—gritaban los catalanes.

—¡Eh! Mahy quiere hacer algo extraño.

Corrían los edecanes de una parte á otra con multiplicadas órdenes.

—Ya verán ahora esos franchutes si sabemos hacer el ejercicio tan bien como ellos.

—No se figuren que somos los pobres reclutas de otras veces: ¡ganaremos!

—¡Oh! ¡Ya lo creo si ganaremos! Mendizábal gana siempre.

—No es un avestruz como Worster.

—Ni como otros que me callo.

—Oiga: ¿se llevan los caballos de los oficiales?

—Y las acémilas.

—¡Vatúa Deu! ¿Encara no comensem?

VI

Las tropas mostrábanse llenas de confianza y hacían gala de su perfecto conocimiento en los ejercicios militares.

Formáronse en dos columnas destinadas á atacar las dos alas de los franceses, apoyadas respectivamente en los muros de la ciudad y en un pinar vecino.

Mandaban los dos trozos Mendizábal y Taboada, con el cual iba la caballería. A la espalda quedó la reserva, y empleóse el ardid de aparentar tener más jinetes colocando á distancia algunos soldados montados en acémilas y en los caballos de los oficiales, de tal manera que desde la plaza había de parecer que formaban un gran cuerpo.

Atacaron furiosamente los españoles á la caballería enemiga, cuyos soldados, sobrecogidos por la embestida de los nuestros y temerosos de que la caballería que creían apostada á retaguardia no se precipitase sobre sus filas, volvieron grupas, desbaratando su línea de batalla y atropellando á los infantes, produciéndose en el campo francés espantosa confusión.

Los terribles catalanes, armados con trabucos y navajas, rociaban con su metralla á los despavoridos enemigos, acometiéndoles hasta mezclarse con ellos y causándoles disformes heridas con sus cuchillos en la terrible *barreja*. Revueltos en la impetuosa corriente, se vieron algunos metidos dentro de la ciudad, y con harto trabajo pudieron descolgarse luego por las casas contiguas á los muros, ayudados por los vecinos.

—¡Bravo! ¡Bien por los catalanes!—gritó entusiasmado el ejército al verlos volver, cubiertos de sangre, negros de pólvora, con el trabuco al hombro.

Los franceses se encerraron en Lugo, y Mahy intimó la rendición, á la cual contestó negándose en honrosos términos el general Fournier.

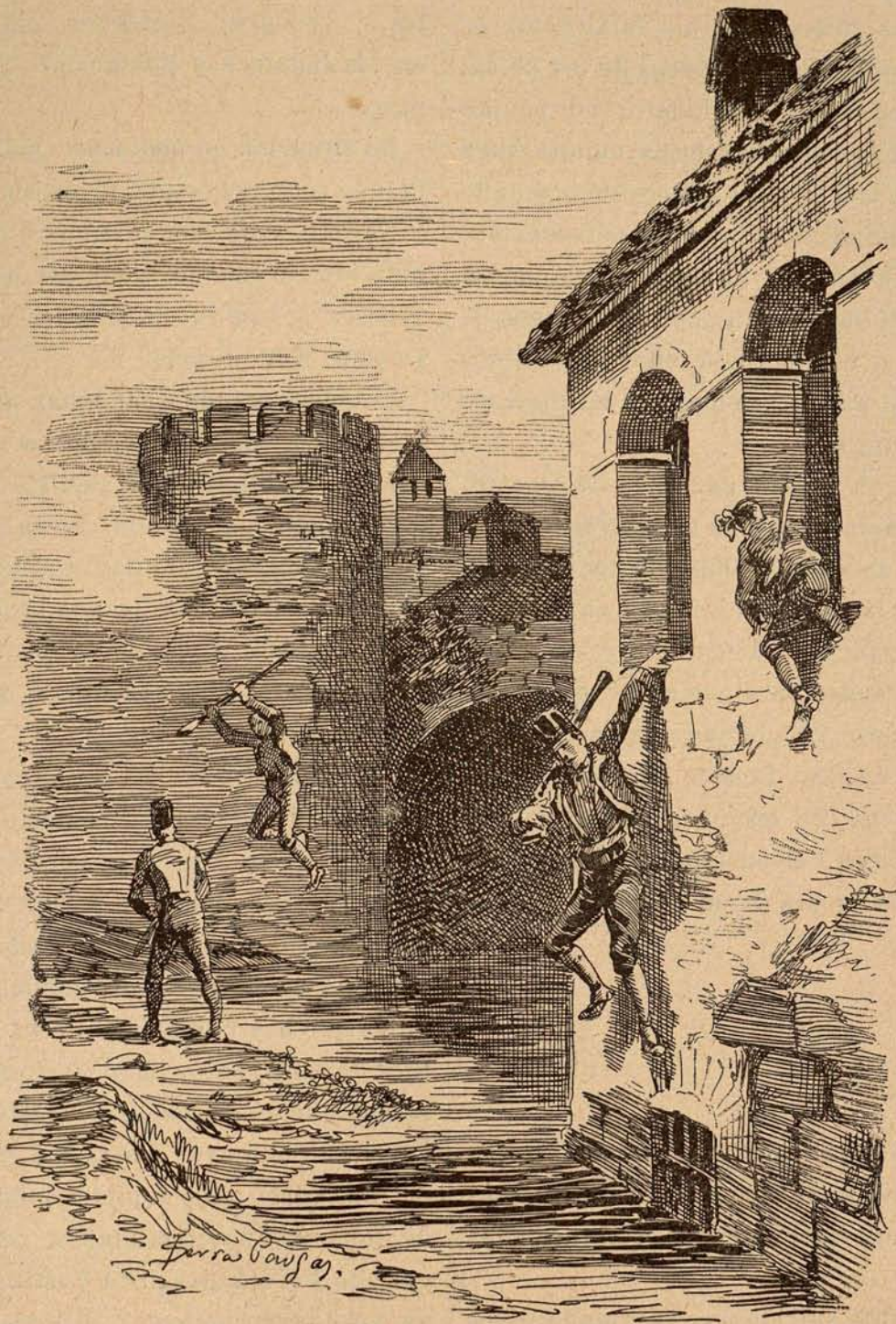
Pusiéronle cerco los nuestros, pero avisados de que se acercaba Soult, decidieron levantar el sitio á los pocos días de haberlo empezado.

Al siguiente, 24 de mayo de 1809, encontráronse Mahy y Romana en Mondoñedo, á donde acababa de llegar el marqués, procedente de Rivadeo, acordando cómo podrían esquivar los planes del duque de Dalmacia, empeñado en darles caza.

Entonces empezó un tal ir y venir, un tal correr y más correr, tal continuación de marchas y contra-marchas, tal andar y desandar por montes, valles, carreteras, vericuetos y pasos, que los soldados, con-

vertidos en verdaderos judíos errantes, dieron en llamar al marqués de La Romana el *marqués de las Romerías*.

Y, sin embargo, aquello era una habilísima opera-



... pudieron descolgarse luego por las casas contiguas á los muros...

ción estratégica, era una medida salvadora, y será siempre un título de gloria para el inteligente general español. Ney y Soult estaban decididos á cogerlo para no ser cogidos ellos. El duque de Elchingen se estremecía al considerarse expuesto á un nuevo Bailén, y no dormía ni sosegaba pensando en el mal-

dito La Romana, que tenía la avilantez de defender á su patria.

Sí: aquellas *romerías* que fatigaban á los españoles consumían á los franceses, que no parecía sino que iban persiguiendo á su sombra. Los nuestros cruzaron el camino real, tocando casi en Lugo, y por

Monforte llegaron á Orense, donde podían darse la mano con las vencedoras tropas de Tuy y Santiago, que mandaba D. Martín de la Carrera.

A veces andaban á tientas, de improviso, precipitadamente y sin plan, á la buena de Dios, en una palabra; y esto desconcertaba aún más á los franceses. Aquella guerra les desesperaba: caían hombres y más hombres á los certeros disparos de los paisanos, emboscados en cada desfiladero; no podían aguantar aquellas incesantes correrías; cundía entre ellos el desaliento; hasta que, fatigado y quebrantado Soult, no quiso continuar tan fantástica persecución, y, como presa de invencible abatimiento, quedóse en Monforte inmóvil durante algunos días, mientras Ney, desesperado, se entregaba á todos los diablos y se veía ya copado por La Romana y los ingleses procedentes de Portugal.

Soult, rabioso por la funesta campaña de Oporto, agriado por lo infructuoso de sus tentativas de persecución contra La Romana y aburrido con las insolencias de su rival, se metió en Castilla, causándole gravísimo daño las partidas de Quiroga y del abad de Casoyo, y mandando, para vengarse de tantos descabros, al general Loison que quemase y asolase cuanto hallase al paso. Loison, digno seide del futuro *irregularizador* de los cuadros de Sevilla, incendió varios pueblos y destruyó las cosechas en otros puntos; hazaña propia de un bárbaro.

VII

La Romana se hallaba bueno y sano en la frontera de Portugal al frente de numerosas y entusiastas tropas, mientras Soult había perdido la mitad de las suyas.

Ney, á su vez, había sufrido un sangriendo revés al intentar pasar el puente de Sampayo. Llevaba 8,000 hombres y 1,200 caballos. Los nuestros eran 6,000 con armas y 4,000 sin un mal fusil. El 7 y 8 de junio combatióse desesperadamente. La artillería, mandada, como en Espinosa, por Roselló, causó los estragos de costumbre. Mandaba la vanguardia el digno D. Ambrosio de la Cuadra, á quien vimos en Langeland al frente de los voluntarios de Cataluña, y D. Pablo Morillo se portó como siempre heroicamente. El general en jefe lo era el conde de Noroña,

aconsejado á menudo por Carrera y Morillo. Ney, que había derrotado cien veces á rusos, austriacos y prusianos; que era el terror de los feltzmariscales y los príncipe tudescos; vióse obligado á volver cara ante los valerosos gallegos, y al amanecer del 9 se retiró calladamente. Así veía marchitarse sus laureles el duque de Elchingen, cebándose en su furor en las indefensas poblaciones que encontraban al paso.

Su situación no podía ser más desesperada, pudiendo reunirse contra él sin embarazo La Romana y Noroña, y hacerle prisionero con todo su ejército. Esta idea le exasperaba hasta ocasionarle violentos accesos de loco furor. ¡Miguel Ney prisionero como Dupont! ¡Oh! ¡Jamás!

Entonces mandó abandonar á la Coruña, y, reuniendo sus tropas, temiendo á cada paso una desgracia, maldiciendo á Soult, quemando pueblos, devastando, saqueando, fuera de sí, humillado y maltrecho, consiguió llegar á Astorga.

¡Ni un solo francés pisaba la noble tierra de Asturias y Galicia! ¡En cinco meses habían dejado allí sus cadáveres *la mitad* de los soldados de los dos mariscales!

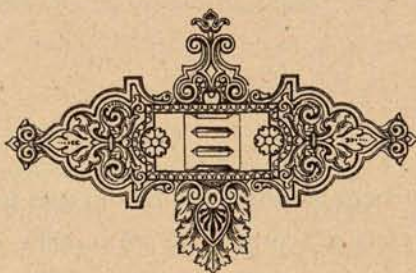
Romana entró en la Coruña, y otra vez le dió allí la manía de meterse en contestaciones con la Junta de aquel reino. Otra vez perdió lastimosamente el tiempo papeloteando y escudriñando nimiedades, disolviendo corporaciones, dando muestras de su dejadez característica, entreteniéndose en dictar medidas que hoy llamaríamos *centralizadoras* y que, á fuer de tales, cortaron el vuelo al entusiasmo popular sin que de ellas resultase mayor orden, ni mayor concierto, ni mayor moralidad. Al cabo de un mes de revolverlo todo, aquel hombre singular, mezcla de tan extrañas cualidades, reunió la flor de su ejército y trató de salir á Castilla, llegando á Astorga con 16,000 hombres y 40 piezas de artillería y dejando en Galicia algunos cuadros para hacer un ejército de reserva.

Poco después fué nombrado vocal de la Junta Central y entregó el mando del ejército del Norte al duque del Parque, nombrado en su lugar.

La separación de La Romana fué vivamente sentida por todas sus tropas y en especial por las que habían estado con él en Dinamarca. Justos serán cuantos elogios se hagan, á pesar de sus defectos, de aquel ilustre general, tan buen español como in-

trépido y sabio hombre de guerra. Lo mismo en la evasión de Langeland que en las campañas de Asturias y Galicia, demostró poseer grandes cualidades, luchó sin abatirse nunca, brilló el acierto en

todas sus operaciones militares y se hizo digno de que la posteridad repita agradecida su nombre y le coloque entre las más legítimas glorias de nuestra patria.



CAPÍTULO XII

A la luz de la luna

I

EL brigadier Espinosa, cuyo talento organizador sólo era comparable con su bravura al frente del enemigo, quedó en Asturias para ir formando un ejército de reserva, según había dispuesto Romana.

Desde su regreso á España, había estado en Espinosa de los Monteros, en Villafranca, Puente de Gállegos, Lugo y Sampayo. Había seguido al general en sus famosas *romerías*, y en todas partes había dejado recuerdo de su valor y pericia.

El nuevo cargo que se le confiaba, si bien le disgustó en parte por mantenerle alejado del teatro de la guerra, sin embargo, le satisfacía interiormente.

Podía estar al lado de sus protegidos y verlos á á todas horas.

Y á fe que no se descuidaba de hacerlo el buen brigadier, dando frecuentes paseos con Estrella y Ramón por las pintorescas cercanías de Oviedo.

Un día recibió una carta que le llenó de la mayor alegría. Era de Garroyo, del cual no había tenido noticias desde que Ballesteros se llevó el regimiento á Covadonga cuando la entrada de Ney en la capital de Asturias y embarque de La Romana.

—¡Admirable marcha!—exclamó Espinosa después de leer la tal epístola.—Realmente Garroyo ha hecho un milagro.

—¿Qué es eso tan admirable, mi brigadier?—dijo una voz alegre y juvenil.

Era el que había hablado así un apuesto teniente de infantería, destinado á las órdenes de Espinosa como ayudante de campo.

—¿Eres tú, Villanueva?—contestó el brigadier.—Pues eso tan admirable es la magnífica retirada de Garroyo con el regimiento de la Princesa, desde Santander á Molina de Aragón, sin perder un solo soldado (1).

—¡Bonita marcha, en efecto! Y ¿cómo fué?

—Me escribe Garroyo que contando Ballesteros con Porlier, con D. José O'Donnell y otros jefes, y con un ejército de más de 10,000 hombres, resolvió bajar de Covadonga y atacar á Santander. Fácil fué la entrada; pero, reforzados los franceses, les atacaron una noche cuando más desprevenidos estaban, produciéndose tal confusión que Ballesteros y O'Donnell se embarcaron precipitadamente en una lancha, bogando, á falta de remeros, dos soldados con sus fusiles en vez de remos. Porlier se abrió paso por medio de los enemigos con toda su gente, pero el pobre regimiento de la Princesa, abandonado por su fugitivo y desertor coronel, no sabía qué hacerse. Entonces se puso al frente Garroyo, les infundió serenidad, restableció el orden y se encaminó á Medina de Poma, desde donde, y por eso repito que es una marcha admirable, atravesó Castilla y atra-

(1) Histórico.

vesó Aragón, infestados de enemigos, ocupados por inmensa caballería, erizados de peligros, librando un combate á cada paso y burlando á cada momento á sus perseguidores, hasta que consiguió llegar á Molina sano y salvo é incorporarse con el bravo Villacampa.

—¡Magnífico! ¡Bien se conoce que es de la madera de los vuestros! Ya comprendo ahora por qué Romana no le echó una buena reprimenda á Ballesteros cuando se le presentó en Galicia, ¡como hubiera tenido que echársela también á O'Donnell, y éste es el favorito del señor marqués!

—¡Callarse, señor ayudante! Ya sabe V. que no consiento se murmure de nadie.

—¡Si yo no murmuro, mi brigadier! Al contrario, creo que Ballesteros ha dado pruebas de ser un buen general. Lo que yo decía es que D. José O'Donnell huyó abandonando su regimiento.

—¡Basta de chanzas, Villanueva! Constará en la orden del día la conducta de Garroyo para que sirva de estímulo á los presentes y de enseñanza á los futuros.

—Estaba pensando, mi brigadier,—contestó el teniente,—en que si una retirada bien ejecutada es la mejor prueba de la capacidad de un general, tenemos en esta guerra ejemplos de algunas de ellas que acreditan de consumados estratégicos á los que las dirigieron. No hablo de esta tan famosa de Dinamarca, de más golpe que la célebre de Jenofonte; pero basta recordar la inexplicable y gloriosa marcha del conde de Alancha desde más allá de Logroño hasta Cuenca, después de la batalla de Tudela, marchando durante veinte días á dos leguas de distancia de los franceses y presentándose no sólo salvo, sino hasta con prisioneros; basta recordar, y harto lo saben mis pobres pantorrillas, las *romerías* en honor á Soult y á Ney que nos hizo celebrar el señor marqués, y ahora ésta de Garroyo, para que esté orgulloso de pelear bajo esos jefes que han de hacer morder el polvo á todos los mariscales, y el bigote, si lo tuviera, al invicto (fuera de España) emperador Napoleón.

—Así debes pensar siempre, Villanueva, y confiar en la pericia y valor de los dignos generales que dirigen la guerra. Todos son leales, todos son bizarros y merecedores de que la nación les tenga en cuenta los servicios que están prestando. Si más no hacen, es porque no pueden.

—Claro está que sí, mi brigadier, y, si no, no hay más que ver lo que dan de sí esos mamarrachos de austriacos. Año y medio hace que Napoleón no cesa de mandar gente y más gente á nuestra tierra, y no puede decir que sea dueño ni de una tercera parte del suelo español. Y aún, si no hubiese conseguido apoderarse traidoramente, y so capa de amigo, de Figueras, Barcelona, Pamplona y otras plazas fuertes, trabajo le daría para que las rindiese por las armas. ¡Flojitos somos nosotros en cuestión de sitios, y si no dígalo Gerona! En cambio mire V. lo que ha pasado con esta Austria de mis pecados. Comienza la guerra en abril, y ¡los muy pacatos! han hecho ya la paz hoy por hoy, esto es, á fines de julio. Cuatro batallas con nombres bien retumbantes, para que puedan lucirlos los generales en sus títulos, y aquí paz y después gloria. Sin embargo, creo que más ha perdido Napoleón con que se le muriese Lannes, después de haberle cortado los cirujanos las dos piernas, que no la misma Austria. Por lo demás, ningún mérito tiene Napoleón con haber vencido en Essling y en Wagram, si se tiene en cuenta que los generales de Austria eran archiducos y no generales.

—Tienes la lengua harto suelta, Villanueva,—contestóle Espinosa.

—No, mi brigadier: hablo de los archiducos Juan y Carlos con el respeto debido, pero le juro á V. que no me gustaría por nada del mundo tener archiducos por generales. Sólo sirven para dar á Napoleón batallas á ganar. ¿Cuánto duró la batalla de Wagram? Doce horas, y en tan poco tiempo pudo Bonaparte hacerse la boca agua. Que no me vengan á mí con tales farsas ni con tales guerras. Son guerras, guerras de... no sé cómo decirlo.

—Guerras de gabinete, Villanueva: ¡la nuestra es una guerra nacional!

Dos días después Villanueva dejaba á Oviedo para reunirse con las tropas que mandaba el general inglés aliado Mr. Wilson.

II

Un día de los últimos de agosto, fué el brigadier, como de costumbre, al convento de Santa María á buscar á Estrella. No habiendo podido acompañarles Ramón por tener que asistir con los benedictinos

á una novena dedicada al invicto santo cuyo nombre llevaba, debieron dar solos el paseo Espinosa y la niña, vestida ésta de luto y cubierta la cabeza con un velillo blanco.

Era una calurosa tarde de estío. Cantaban las cigarras dejando oír por todas partes su monótono chirrido, el ambiente era cálido, sofocante la atmósfera, pesado el aire. Habían los dos paseantes emprendido el camino de un bosque, y, cruzando breves palabras, habíanse ido internando hasta llegar á una hondonada en donde se encontraba una cristalina fuente que brotaba de una roca revestida de musgos.

Añejas encinas y frondosos sauces proyectaban sus retorcidos troncos y dejaban caer sus ramosas cabelleras en la cañada, convirtiéndola en oscuro y misterioso recinto, lleno de sombría y húmeda frescura. El agua caía murmurando en un profundo pilón cavado en la roca viva y circuido de pedruscos formando rústico brocal, y al través de su límpida transparencia veíanse en el fondo peregrinas vegetaciones de variados colores. Reinaba el silencio de los bosques en aquel agreste sitio, circuido por altas peñas coronadas de árboles y separado de la vereda por un estrecho desfiladero. Multitud de silvestres flores esparcían su delicado aroma: claveles y primaveras, lirios y viperincas, tomillos y romeros y fragantes violetas. Por entre las grietas de las abruptas peñas mostraban sus oscuros follajes y violadas corolas las dulcamaras silvestres, y sus rojizos tallos las zarzas rampadoras de caprichosa raigambre.

Ocultábase el sol en el ocaso, empezando á extender su manto las sombras de la noche; comenzaban á tachonar el firmamento argentinas estrellas, y preludiaba el ruiseñor sus trinos en la espesura del ramaje, á la par que llegaba hasta allí, monótono y lejano, el vespertino cantorrio de las ranas.

No tardó en aparecer la luna, derramando su pálida claridad sobre la tierra y trasformando en divino azul de inefable dulzura la bóveda celeste. La brisa del mar llegaba hasta la fuente, trayendo vívidos efluvios.

III

Guardaban los dos paseantes embarazoso silencio, cual si cada uno estuviese poseído de pensamientos

que no quisiera pudiesen traslucirse y que, sin embargo, pugnasen por salir.

Algunos rayos de luna atravesaban por entre las ramas é iban á iluminar la fuente, quebrándose en el cristalino caño del manantial como una lluvia de diamantes.

Espinosa y Estrella estaban sentados en las rocas. El joven contemplaba á la niña, muy ocupada en tejer una corona con las flores que tenía recogidas en la falda.

Por fin el brigadier rompió el silencio.

—¿Te gusta estar aquí, Estrella?—preguntóle con voz insegura y cariñoso tono.

—Sí, mucho me gusta.

—¿Tanta soledad es de tu agrado?

—No estoy sola, pues que estáis vos: ¿qué mejor compañía podría tener?

—Gracias, Estrella.

Otra vez quedaron en silencio el caballero y la niña.

—¿Y á vos no os gusta estar aquí?—dijo Estrella.

—Puedes creer que me encuentro mejor que en ninguna otra parte.

—¿Tan solos los dos?

—¡Pues por eso más que por nada!

Renovóse el mutismo, dejando que el ruiseñor lanzase sus trinos sin interrumpirlo.

—¡Cómo recordaré esta noche cuando me dejéis para volver á la guerra!—repuso la niña después de un largo silencio.

—¡No hablemos de eso, Estrella! Deja de pensar en guerras,—contestó Espinosa.

—¡Oh, no! ¡Cuánto daría yo porque no debieseis volver á exponeros en las batallas y pudieseis estar siempre libre de todo peligro como estáis ahora! Pero os iréis, otra vez silbarán las balas en torno vuestro...

—Deja esas cosas: considera tan sólo que bien estamos ahora y que bien estaremos mientras podamos hacer lo mismo. Tal vez venceremos pronto y entonces no me moveré ya más de vuestro lado.

—¡Os engañáis! Cualquiera día me quedare sola en el convento y no sabré de vos sino...

—¿Sino qué?

—¡Que no pensáis en la pobre Estrella!...

—¡Calla, por Dios! ¿Tú crees que yo he de abandonaros nunca? Me ofende oírte hablar así.

—Ya sé que no nos abandonaréis, que seréis siempre nuestro amparo; pero yo no quería decir eso.

—Pues ¿qué querías decir?

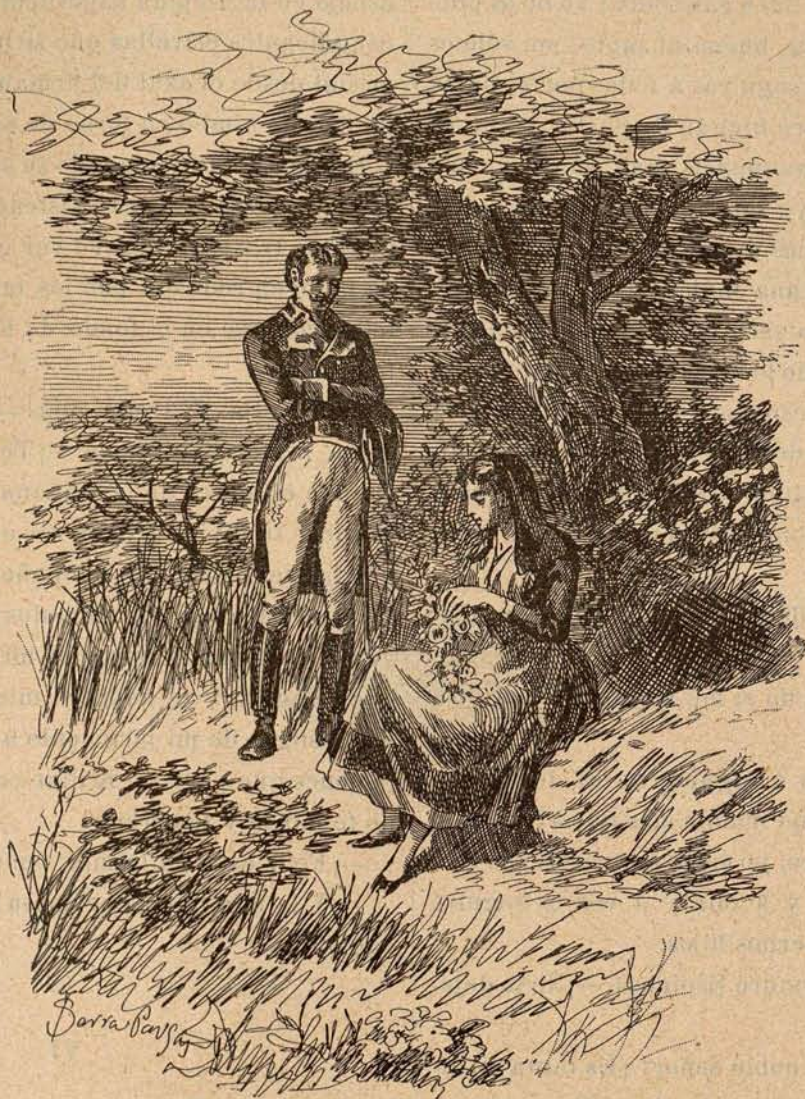
—Quería decir que no tendréis ya más deseos de vernos, que nos olvidaréis...

—¡Olvidaros! Cree que eso no será nunca. ¡Oh, no! ¡Nunca os olvidaré, te lo juro!

—¡Ni yo á vos!—repuso ella con singular calor y viveza.

IV

Causábanle extraña inquietud á Espinosa las palabras de la niña.



—¿Y á vos no os gusta estar aquí?—dijo Estrella.

—Yo quisiera pagaros con algo vuestro generoso proceder,—repuso Estrella;—quisiera hacer por vos lo que por vos haría vuestra madre, vuestra hermana, vuestra hija: consolaros si estuviéseis triste, seguir á todas partes para atenderos si estuviéseis enfermo, para salvaros si corriéseis peligro. Ahora no dejo de rezar por vuestra vida siempre que me encuentro sola; pero no me basta rezar: siento que debo hacer algo más, y á veces no duermo pensando

de qué manera podría hacer os comprender lo que siento.

—Tranquilízate, niña, que no puede haber para mí mayor felicidad que la de haberte encontrado como te encontré. Con que mis ojos te vean, con que tus labios me hablen, con pensar en ti y con saber que también tú piensas en mí á veces, soy tan dichoso como pueda serlo el hombre más feliz, y no hay tesoros, sacrificios ni promesas que alcancen á co-

rresponder á tanto bien como tú me haces mirándome y teniéndome en tus recuerdos.

—¡No soy digna de que me digáis estas palabras! ¡Pensad en lo humilde que soy!

—¡Humilde como las violetas y las azucenas de los valles! ¡Bella como un ángel! ¡Buena como una santa Virgen!

—Os ruego de todas veras que no me digáis esas tiernas frases. ¡Oh, mi buen caballero! Yo no os pido que me encontréis bella, buena ni santa, no: sólo os pido que me permitáis seguiros á todas partes hasta la muerte. Yo no os daré ningún disgusto, yo no os estorbaré para que conquistéis más gloria y más renombre de los que ya tenéis; pero no me dejéis abandonada separándoos de mí para no volvernos á ver más. Si amáis á una mujer, decidle que soy vuestra sierva, vuestra esclava; y cuando estéis casado, conservadme como lo hariais con vuestro perro fiel, con vuestra vieja espada ó vuestro roto uniforme. Yo seré muda, me desfiguraré la cara, me vestiré de hombre, haré cuanto queráis; pero no me causéis la muerte privándome de veros y de estar cerca de vos.

Contrájose el rostro de Espinosa, y con voz sombría exclamó:

—¿Tú no huirías de mí si me vieras unido á otra mujer?

—¡Oh, no! Si amáis á alguna, no os dé ningún cuidado: yo haré que me mande más que á la última moza de su servidumbre, yo me arrastraré á sus pies para que no me eche, y á ella y á vos os seguiré como la madre á sus tiernos hijos.

—¡Pobre niña!—murmuró Espinosa.—¡No te dejaré jamás!

—¡Oh! ¡Gracias, mi noble señor! ¡Es tanta mi dicha que voy á volverme loca de alegría!

Levantóse la graciosa niña, quitóse el velillo blanco que llevaba en la cabeza, y cayeron deshechas por sus hombros y espaldas las largas trenzas de sus negros cabellos. Colocó en su cabeza la corona de flores que había tejido, y, corriendo hacia la fuente, apagó en el delgado caño la sed que la devoraba.

V

Acercóse Espinosa conmovido por la celeste belleza de la jovencita, que, apoyada en el brocal del

pozo, parecía fantástica visión, y fué á beber también.

La hermosa huérfana vió como los rayos de la luna penetraban en la oscura boca del pilón y se inclinó para mirar dentro, á la vez que Espinosa le contemplaba embelesado, siguiendo sus movimientos y respirando el aroma de sus cabellos.

El rostro de la niña se reflejó entonces como en un espejo en la límpida superficie del agua, rodeado de centelleantes estrellas que se miraban también en el cristal desde el azul del firmamento, formando como un celeste nimbo en torno de su faz.

Espinosa sintió que todo su ser se estremecía: perdió de vista la terrena existencia, y, arrebatado por inefable transporte, creyó ver el angélico semblante de la joven rodeado por los mismos luminosos destellos con que en el fondo de la roca lo había contemplado.

—¡Estrella, Estrella mía!—exclamó cual si hablara á etérea criatura.—¡Te vi por vez primera cuando el lucero de la mañana brillaba esplendoroso sobre tu divina frente: en esta callada noche en que las relumbrantes compañeras de tu vida circuyen tu rostro con sus trémulos fulgores, formándote virginal corona, te juro por mi honor y por mi alma que te adoro y te adoraré mientras viva, tomando por testigos de mi juramento á esas doradas constelaciones que parecen brillar con más viva luz cuando te miran y te cercan!

—¡Feliz estrella la mía!—murmuró la niña.

—¡Y la mía la más hermosa!—dijo el enamorado caballero.

VI

Todo había desaparecido: sólo existía una fuente, oculta por espesos árboles, en la tierra; los astros en el cielo.

Sólo había unos ojos que miraban y una boca que sonreía, dos corazones que palpitaban de amor y los ruiseñores que cantaban.

Todo había desaparecido: los alaridos de la lucha, el ronco son de las batallas, las fatigas, el guerrear y el sufrir. El manantial susurraba blandamente.

Céfiro y brisas se habían llevado los importunos recuerdos: la dulce luz de aquella noche había disi-

pado las rojas manchas de sangre de que estaban salpicadas las arenas de Nyborg.

Gasas de tenue neblina habían velado una figura de mujer en cuyos ojos se leía la ira arrogante y la inconstancia traidora.

Todo, todo había desaparecido.

La luna se había velado tras las nubes: los astros

de la noche palidecían, esfumados por la bruma que invadía el bosque.

Sólo una estrella irradiaba más refulgente que nunca, lanzando de sus ojos efluvios llenos de luz.

Era la Estrella que en brazos de Espinosa murmuraba frases de inefable amor.



CAPÍTULO XIII

Ecos de París

1

EN un lujoso salón de una preciosa quinta de las cercanías de París, se encontraban reunidos, una noche de agosto de 1809, varias señoras y caballeros pertenecientes á la flor y nata de la corte imperial. La duquesa de Montaland, dueña del *château*, hacía los honores con su proverbial gracia y amabilidad, y todos á una se sentían poseídos de maravillosa admiración ante aquella belleza que resistía valerosamente los estragos de los once lustros que sobre ella habían pasado.

La duquesa de Montaland, que había sido una de las favoritas del *Parc aux cerfs* en tiempo de Luis XV, dama de María Antonieta y astro de primera magnitud en tiempo del Directorio, había conseguido quedar como centro solar en la corte de Napoleón I, sirviendo de modelo á las nuevas duquesas para aprender las antiguas maneras, al modo que M. de Talleyrand servía para que las adquirieran los nuevos duques, que en todos tiempos ha habido nobleza haitiana y pontifical con diversos nombres y dispensadores varios.

Iban los visitantes vestidos con pulquérrima elegancia, llevando las damas trajes á la moda griega, ceñidos por encima de la cintura y escotadísimos, con grandes plumas en la cabeza, presentándose á su vez muy encorbatados y encasacados los caballe-

ros, indefectiblemente provistos de la roseta de la Legión de honor.

No se veía más que *elemento civil* en el salón, por lo cual causó profunda emoción la entrada de un coronel de húsares con la chaquetilla al hombro y botas de montar. Era joven, de linda cara, aunque algo afeminada por lo prolijamente rizado de su blonda barba, y mostraba muy hermosos ojos.

—¡Calle! ¡El coronel Delincourt! Felices, coronel, —dijeron de todas partes al verle.

—Felices también, señores. ¡Oh, qué placer tan delicado para un corazón sensible el ver de nuevo á sus caras amigas y bravos y cariñosos amigos!

Pasaban ya de los límites de lo justo los agasajos y cortesías dirigidos al coronel, y la duquesa creyó deber intervenir para sacar al guerrero de aquel círculo de encarnizados admiradores y admiradoras.

—Sentaos, sentaos á mi lado, Felipe, y preparaos á sufrir el implacable interrogatorio á que hemos de sujetaros tocante á vuestras brillantísimas campañas en el país de las manolas y los *toreadores*.

El coronel hizo una mueca de difícil interpretación.

—¿Venís para quedaros en París á dormiros sobre vuestros laureles, coronel?—preguntó un académico de la de Inscripciones y Bellas Letras.

—No por cierto, mi querido M. Touchetout: estoy de paso para Schoënbrunn, donde precisa que vea al emperador.

—¿Le llevaréis quizás partes de esas victorias que incesantemente alcanzan nuestras tropas contra esos pícaros andaluces de Barcelona?

—No, señor: voy á darle cuenta de lo feo y deplorable que se pone aquello.

—¿Cómo feo y deplorable? Os chanceáis, coronel. El emperador prometió que en julio estaría Soult en Lisboa...

—Y está en Astorga.

—Que estaría en Cádiz...

—Y no hemos podido pasar de Madrid.

—Que Valencia sería nuestra...

—Y apenas lo es Zaragoza.

—Que ese maldito Romana, pesadilla de nuestros generales, estaría ya fusilado...

—Pues está vivo, y muy vivo.

—No comprendo cómo puede ser eso: acabamos de hundir completamente al Austria con un ejército de reclutas al mando de los mariscales menos renombrados, y, teniendo en España un ejército de trescientos mil veteranos, *de trescientos mil lobos para devorar á los que devoraron á los corderos de Bailén*, según frase del emperador, no adelantamos nada. ¿Qué hace Soult? ¿Qué hace Ney? ¿Qué hace Victor? ¿Qué hace Sebastiani? Eso es inaudito, coronel: es capaz de afligir á todo corazón entusiástico admirador de las glorias del Imperio.

—No sabéis qué gente es aquella.

—¿Qué me habéis de contar á mí? No desconozco la tenacidad de los españoles, su furia patriótica y brutal (1), su presunción, que les preserva de caer en el desaliento después de una derrota; la gran distancia á que se halla Napoleón. Todo esto son causas poderosas para que la sumisión de España se retarde más de lo que creíamos, lo comprendo; pero, perdonad que lo diga, creo que también deben tener alguna culpa en esto nuestros generales. No diré de Ney, porque sé que sois su ayudante; pero si todos hicieran como Soult...

—Soult es un menguado, un bellaco y un desleal, Sr. Touchetout.

—¡Pardiez, no digo yo tanto, coronel Delincourt! Creo que Soult...

—Lo digo yo, y basta.

II

Reinó maravilloso silencio en la sala, que interrumpió al poco rato M. Touchetout sonándose fuertemente las narices.

La duquesa creyó del caso desviar la conversación hablando del emperador.

—¿Fuisteis con Napoleón á Madrid?—preguntóle con amabilísimo mimo.

—Sí, duquesa: con él estuve mientras permaneció en España: en Chamartín, en Guadarrama, en Astorga...

—¡Ah, sí! Astorga, allí donde le encontré á la vuelta el correo de gabinete que acompañó á París á la interesante duquesa de Latour-Duchesne.

—Verdad es, duquesa: recuerdo ese correo que decís. Se nos incorporó una noche por el camino, procedente de París; y, queriendo el emperador enterarse al punto de los despachos de que era portador, mandó encender una gran hoguera y se puso á leerlos á la rojiza luz de las llamas. Eran el anuncio de la guerra con Austria, ya gloriosamente terminada. El emperador creyó que convenía su presencia en Francia y lo acompañé hasta Valladolid.

—Algo escribieron desde allí á Mme. Genlis, pero nada ha querido decirme mi excelente amiga acerca de lo que ocurrió. ¡Y no sabéis cuán curiosas somos las mujeres, coronel, cuando se trata de penetrar en lo que se quiere mantener oculto!

—Público es lo que pasó, duquesa, y me extraña se haga misterio de ello. La víspera de su marcha, al saber el emperador que los granaderos de la *vieille garde* murmuraban de que se les dejase en España, y al manifestarle que el general Legendre, uno de los firmantes de la capitulación de Bailén, tenía que presentársele en la revista que iba á pasar, se entregó á arrebatos de furor que affigieron profundamente á cuantos de ello fuimos testigos. Al recorrer á pie las filas de los granaderos que le presentaban las armas, oyéronse algunos murmullos, y, conociendo á uno de los descontentos, arrebatóle el fusil de las manos y, cogiéndole violentamente por un brazo, le dijo: «—¡Infeliz! ¡Merecerías que te fusilara, y por poco te libras de que lo haga!» Rechazóle en seguida hacia las filas, y, dirigiéndose á los

(1) Thiers: *Historia del Consulado*, libro XXXVI.

demás, les dijo: «—¡Ah! Ya sé que queréis volver á París, en busca de vuestras queridas, para entregaros á lo que tenéis por costumbre; pero ¡vive Dios que os he de tener sobre las armas hasta los ochenta años!» Habiendo después divisado á Legendre, le cogió con fuerza la mano diciéndole: «—Señor general: ¿como no se os secó esa mano al tiempo de firmar la capitulación de Bailén?» Agobiado bajo el peso de estas palabras, el desgraciado general se abismó en su afrenta y todos bajaron su vista ante el emperador, lamentando y criticando en secreto estas violencias incomprensibles (1).

—Mil gracias, mi coronel, por esos interesantes pormenores; pero no me refería yo á ellos, sino á cierta cuestión...

—¡Ah! Comprendo. ¿La hermosa curtidora?

—Eso, eso, M. Delincourt. ¿Tan escabrosa es la historia que no me la pudiera confiar mi amiga?

—Nada hay escabroso para un húsar, duquesa, y procuraré referirlo sin ofender los castos oídos de esas damas y ni aun los de M. de Touchetout.

Agitáronse los abanicos, flotaron los pañuelos de peregrinos encajes, oscilaron las cabezas, cimbreáronse las plumas de los tocados, crujieron las sedas, moviéronse las sillas, y cada cual adoptó la actitud más adecuada á su pudor ó á su curiosidad para escuchar la sabrosa anécdota.

III

—Fué el caso,—dijo Delincourt,—que entramos en Valladolid el día de Reyes por la tarde, estando el emperador de un mal humor insufrible. Supo, al llegar, que habían sido asesinados varios franceses, y entre ellos dos en el convento de dominicos, apareciendo los cadáveres en el pozo del convento. Esto acabó de exasperarle, y, mandando comparecer á su presencia al Ayuntamiento, recibiólo con rostro entenebrecido, aterrando á aquellos pobres señores con sus atroces amenazas y furiosos gritos. Fué una escena que contristaba á cualquiera que la viese, pues no es posible imaginar más aspereza ni alternería ni oír más irritadas frases que en aquella ocasión. Pero ¿creeríais, señores, que, aunque Napoleón dió orden de ahorcar á cinco de entre los regidores si antes de las doce de la noche no habían

delatado á los asesinos, ni uno solo quiso acceder á ello? Por fortuna un tal Camochín, procurador de allí, sacó de apuros al Ayuntamiento denunciando como instigador de los asesinatos á un curtidor de la ciudad en cuya casa se encontraron ropas y efectos de soldados franceses. Yo creo que el señor Camochín delató al curtidor por negarle algo que él le pediría á la hermosísima curtidora; pero ello es que fué preso el acusado con dos de sus criados, siendo condenados los tres á la horca. En esto llegaron todos al pie del patíbulo, pero en aquel instante vino el indulto del amo, cumpliéndose la sentencia en los criados. ¿Me preguntaréis que por qué tan extraña justicia? Es que, señores míos, el emperador no es un Camochín; y mientras el marido se preparaba á morir, la bella quiso demostrar que las reinas de la hermosura pueden conquistar el corazón de los emperadores de Francia si en ello se empeñan. Camochín tuvo, pues, á la vez que el honor de ser rival de Napoleón, el sentimiento de contemplar cómo otro había logrado en un santiamén lo que él no había conseguido en el espacio de dos años. Y ahí tenéis lo que no quiso contaros madame de Genlis.

Respiró la concurrencia, y más de un lindo y empolvado semblante se cubrió de palidez y más de unos divinos labios se frunció, envidiando tal vez alguna oyente no ser curtidora de Valladolid ó no tener á mano á un Camochín que denunciara á su esposo para poder salvarle como la interesante menestrala de las orillas del Pisuerga.

IV

Quizás el marido de una dama que tal pensase sería uno de los tertulianos que en grave y solemne tono dijo así:

—Lo que acaba de referirnos el coronel me confirma en la idea, que con todas las reservas expongo, de que el emperador va declinando en virilidad, golpe de vista y acierto.

Cundió un movimiento de terror en la sala al resonar aquellas espantables frases.

—¿Qué decís?—exclamaron varios contesanos de las Tullerías.

—Calma, señores, calma, que yo explicaré el sentido de mis palabras. Ante todo confesemos que nunca había habido intrigas en palacio hasta ahora,

(1) Histórico.

y que nunca tampoco hasta ahora se había murmurado en alta voz, como se murmura, del emperador.

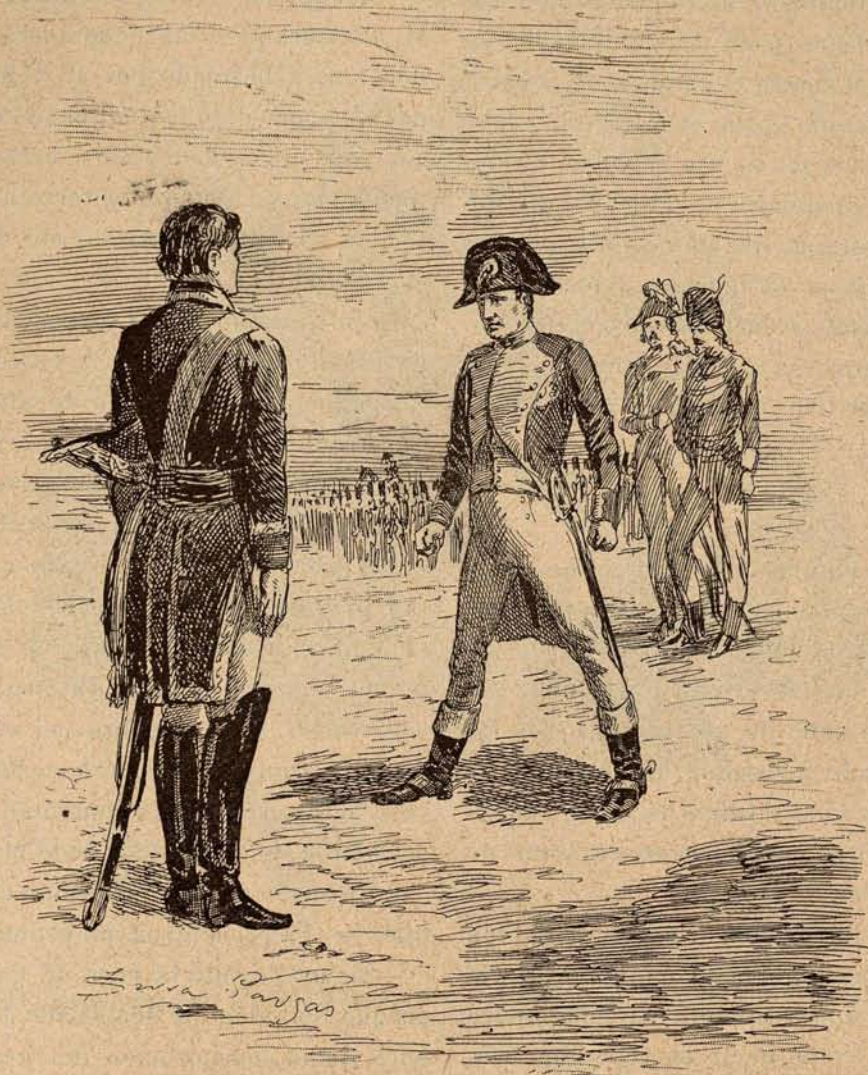
—Es cierto, —dijo un redactor del *Journal de l'Empire*.

—Esas desconfianzas, esas desaprobaciones, esa

inquietud, esos recelos y ese temor se deben absolutamente á la guerra de España.

—Lo mismo creo, —opinó un futuro historiador.

—¿Quién negará, en efecto, que no fuese una perfidia la manera como se llevó á cabo el destronamiento de esos reyes españoles?



—Señor general: ¿cómo no se os secó esa mano al tiempo de firmar la capitulación de Bailén?

—Pues muy bien lo pasa el príncipe Fernando en Valencey, —replicó un senador, —y no pierde ocasión de felicitar al emperador á cada derrota que causa á sus ex amados vasallos.

—No es esa la cuestión: si lo pasa bien, él se lo hallará en su conciencia. Ello es que desde que empezó esta funesta guerra hemos tenido que trasportar allá nuestros valerosos ejércitos del Norte, donde tan necesarios eran, teniendo que dispersarlos en un suelo devorador, en el cual consumen sus fuerzas en destruir pelotones de gente que no se

mantiene en parte alguna y que reviven como guerrilla cuando no pueden aventurar batalla como cuerpos de ejércitos regulares. Austria se aprovechó de esto para declararnos la guerra, y entretanto se llaman las quintas con un año de anticipación y se convocan los reemplazos de los años anteriores, hasta el de 1806, cuyos mozos se habían creído libres con razón. Estos llamamientos producen en las familias universal descontento. ¿Creéis que los triunfos de Wagram han causado mucha alegría? ¡Oh, no! Sólo se ven en la guerra los horrores que

produce, no la gloria que reporta. Habladle de España á un campesino, y tanto valdría que le hablaseis de profunda sima donde se sepultan hombres y dinero para no parecer jamás.

—Eso lo propalan los realistas,—dijo M. Touchetout.

—No he de negaros, mi querido colega,—dijo el disertante, que se llamaba M. de Bligny,—no he de negaros que los realistas usan constantemente un lenguaje lleno de hiel contra el emperador, cosa á que no se habían atrevido hasta ahora. Pero no son tan sólo los realistas los que de este modo se producen: ¿es realista el vecindario de París? Pues tomaos un día la molestia de dar una vuelta por los arrabales, y veréis cómo se murmura, cómo se habla de errores y faltas cometidas por Napoleón. Y si no queréis tomaros esa molestia, mirad á cómo está la renta del 5 por 100: ¡á menos de 80!

V

Usó entonces de la palabra cierto sujeto hartamente conocido de nuestros lectores, el cual no era otro que el desventurado M. Anatolio de la Citrouillière, que después de un largo cautiverio en la ciudadela de Nyborg acababa de salir de allí gracias á la influencia de la emperatriz Josefina. El pobre diablo había entrado de nuevo al servicio de M. de Talleyrand, siempre enamorado del hermoso carácter de letra de su amanuense.

—El príncipe de Benevento, señores,—dijo con gran prosopopeya,—es también de opinión de que la guerra de España es una verdadera calamidad para el país, y así se lo he oído decir en repetidas ocasiones.

—¡Cómo!—exclamó M. Touchetout.—¡Reprobar M. de Talleyrand la guerra en España cuando él fué su principal instigador y el que con más obstinación aconsejó al emperador que la llevara adelante! ¡Hay cosas que no se pueden creer ni aun viéndolas!

—Insisto en que estoy cansado de oírle decir que la guerra de España nos causará la ruina, y aun otras cosas que me callo, porque no en balde se adquieren discretos hábitos cuando se ha tenido el honor de figurar en la diplomacia como he figurado yo.

—Pues yo, que no he tenido el honor de figurar en

la diplomacia, como vos, y que por lo tanto no he podido adquirir esos discretos hábitos que en vos resplandecen,—replicó el redactor del *Journal de l'Empire*,—diré las cosas que vos os calláis, si es que lo permitís, duquesa.

—¡Decid, decid!—respondieron á coro muchas voces.

—Lo que M. de la Citrouillière ha dicho es cierto. M. Talleyrand desaprueba ahora lo que el emperador hizo aconsejado por él. Y no sólo en esto ha dado á conocer su lealtad el señor gran chambelán, sino que, una vez metido á censurarlo todo, no ha tenido empacho en remontarse hasta buscar el origen de las faltas cometidas por el emperador en la cuestión del duque de Enghien. (*Profunda sensación en el auditorio.*) El emperador supo todas esas miserias; pero hartamente cara le ha costado su charla al imprudente, pues le llenó de ultrajes delante del Consejo de Ministros, y vos sabréis si lo trajeron ó no á su casa atacado de un fuerte pasmo. ¿Cómo se entiende venir ahora M. de Talleyrand con lloriqueos sobre la muerte de Enghien cuando se le aconsejó por escrito á Napoleón? (*Rumores*) ¿Cómo se entiende censurar la guerra de España cuando él fué el mediador en todas las negociaciones que la motivaron? A un hombre así es poco quitarle la llave de gran chambelán, hacerle caer la cara de vergüenza, como se ha contentado con hacer el emperador: á un hombre así se le manda fusilar.

—¡Jesús!—exclamó asustado el pobre la Citrouillière.—¡No seáis atroz, mi estimado redactor!

—Sí: ha llegado la hora de tener que ser atroz, porque abundan ya demasiado los traidores. Después de la conspiración del general Malet en el Mediodía, se han descubierto dos más en Portugal: la una para derribar á Napoleón y establecer la república, y para proclamar rey á Soult la otra. El bravo coronel Delincourt, que viene de allá, podrá darnos detalles de ello si le place.

—Los daré con mucho gusto, señores; aunque es, á la verdad, un asunto hartamente serio. Realmente el duque de Dalmacia abrigó intenciones de erigirse en rey de Lusitania, como lo prueba la circular que dirigió á los generales de división manifestándoles que propagasen dicha idea en las filas de los cuerpos y en las poblaciones ocupadas, como si fuéramos á batirnos para convertir en reyes á hombres débiles, á hombres ineptos, á hombres disolutos é

infidentes al emperador. Riéronse unos del atrevido pensamiento del mariscal, ofendiéronse otros y alar- máronse los mejores. De todas maneras no pudo ser más deplorable el efecto que produjo en el ejército la conducta de su general en jefe, aumentándose con

ello la insubordinación y el desorden ya habituales en aquellas desenfrenadas y flojissimas tropas.

—¿Tan mal estaba el ejército de Soult?—preguntó tímidamente M. Touchetout.

—Estaba pésimamente: estaba que daba grima



—¡Señora... el ejército francés ha sido gravemente derrotado en Talavera por Sir Arturo Wellesley!

ver aquellas turbas indisciplinadas y desorganizadas, sin más ley que el robo y el pillaje. El caso es que el ejército de Soult se dividió en tres partidos: bonapartistas, republicanos y descontentos. Entonces fué cuando empezó la conspiración para derribar el imperio. Cierta español, llamado Fernando de Miranda...

—¡Fernando de Miranda!—exclamó M. de la Citrouillière con terrorífica expresión.—¡Harto le conozco por desgracia! ¡Es un conspirador terrible, y fué de los que tomaron parte en los lamentables sucesos de Dinamarca cuando estaba yo de residente en Nyborg! Pero no, no,—repuso de repente el orador;—después creo que se ha convertido en exce-

lente sujeto. ¡Oh, sí! Ahora es un sujeto excelente.

—No acabo de comprenderos, M. de la Citrouillière,—repuso Delincourt.—Ese Miranda, pues, tuvo traza para inmiscuirse entre las tropas de Soult, y pronto trabó amistosas relaciones con varios coroneles, entre ellos Laffitte y Donnadieu, pero muy especialmente con un oficial llamado Argenton, del 18.º de dragones, simpático á todos por su temerario valor, generosos sentimientos y despejadísimo talento. Él y Miranda fueron los fundadores de una sociedad secreta llamada *de los filadelfos*, que por desgracia echó profundas raíces, no sólo en Portugal, sino, lo que es más grave, en el ejército de España, muy trabajado ya por el tal Miranda, que, á

la verdad, es un verdadero modelo de audacia y tenacidad.

—¡Harto lo sé!—exclamó suspirando M. de la Citrouillière.—Pero ahora... ya no lo es, no lo es... sí.

—El plan de los *filadelfos*,—continuó diciendo el coronel sin hacer caso de M. Anatolio,—era realmente diabólico y estaba magistralmente urdido. Consistía en inducir á los habitantes de Oporto á que proclamasen rey de Lusitania al duque de Dalmacia, y, una vez conseguido esto, amotinar el ejército y deponer en seguida al mariscal. Acto seguido debían los generales comprometidos proclamar la caída de Napoleón y entrar en España sin que los ingleses les hostilizasen. Una vez allí, contábase con que imitarían su ejemplo los 300,000 hombres que tenemos en el reino, habiendo trabajado mucho Miranda para que así sucediese. Juntos los ejércitos de Portugal y España, debían abandonar la Península y acampar en los Pirineos, y desde allí proclamar la libertad de Francia y la de Europa y establecer el régimen republicano en todas partes (1).

—¡Qué horror!—exclamaron Touchetout y varios otros señores ex jacobinos.

—Dícese que contaban con Ney y Gouvion-Saint-Cyr,—murmuró el periodista al oído de M. Bligny.

—Y ¿cómo pudo desbaratarse ese curioso complot?—preguntó la duquesa.

—La misma confianza que tenían en el buen resultado de su plan les perdió,—contestó Delincourt.—No hay para qué ocultaros, duquesa, que había

algunos generales complicados en la conjuración. Argenton creyó que prestando un buen servicio á Lefèvre-Desnouettes conseguiría afiliarlo también entre los conspiradores. Dirigióse, pues, á él para prevenirle que los ingleses iban á sorprenderle, lo cual era verdad; y luego que le hubo puesto en salvo, le habló del objeto de la sociedad de los *filadelfos*. Lefèvre, aunque sintió tener que entregar á Argenton, lo descubrió sin embargo á Soult, rogándole tuviera consideración con él: así fué que fracasó el plan; pero como Wellesley estaba enterado del estado en que se encontraba el ejército de Soult, nos sorprendieron en Oporto y nos arrojaron de Portugal, obligándonos á huir desordenadamente, quedando ellos victoriosos en toda la línea. Allí dejó su honra aquel ejército, pues no hay en la historia de ninguna nación ejemplo de una sorpresa tan vergonzosa ni de una retirada tan lamentable y desordenada como la del mariscal Soult en aquella ocasión.

—¡Fatal es para nuestras armas ese Arturo Wellesley!—dijo la duquesa.

—¡Dios quiera que nunca lo sea más que ahora!—exclamó M. de Bligny.

En este momento entró un nuevo personaje en escena. Era uno de los más íntimos amigos de la emperatriz, y venía tan demudado y pálido que daba lástima á pesar de sus condecoraciones.

—¿Qué nuevas traéis, mi querido M. de la Tremouille?—preguntóle la duquesa, ansiosa.

—¡Señora,—contestó el recién venido,—el ejército francés ha sido gravemente derrotado en Talavera por Sir Arturo Wellesley!



(1) Histórico.

CAPÍTULO XIV

Rue Saint Germain, 15

I

No hay para qué insistir en trazar el carácter de Fernando Miranda. Era uno de los más audaces corifeos de la demagogia universal, y sólo se encontraba en su verdadero terreno cuando conspiraba. Era tal su tenacidad que no bastaban los más crueles desengaños para hacerle desistir de sus empresas. Sin embargo, el fracaso de la conspiración de los *filadelfos*, gracias al aturdimiento de Argenton en no tomar las debidas precauciones para entablar tratos con Lefèvre-Desnouettes, le había causado singular amargura; pues, á la verdad, todas las probabilidades estaban en favor del buen éxito de la tentativa.

Miranda había ganado á varios generales franceses de los cuerpos de Ney y Victor, que sólo esperaban la aparición de las tropas de Portugal para proclamar la caída de Napoleón y el restablecimiento de la república. ¡Todo se había malogrado! Pero, aun con eso, Napoleón había recibido un golpe fatal. Enfurecióse horriblemente al saber en Viena aquellos hechos, y en el primer ímpetu de su cólera pensó en formar causa criminal á Soult. Sólo al reflexionar que estaba ya procesado Dupont y semiexonerado Bernadotte, se contuvo para no dar un espectáculo escandaloso; pero se apresuró á llamar á Viena á los comprometidos en Oporto y á mandar

que Ney regresase al punto á Francia. En cuanto á Soult, le tuvo algunos meses en la mayor perplejidad, sin dejarle entrever sus intenciones respecto á él.

Miranda volvió á acariciar sus execrables planes de regicidio, frustrados los de sedición.

Llegado á París á últimos de julio de 1809, había encontrado en seguida á sus antiguos amigos. Por de pronto lo que hicieron fué esparcir con profusión los boletines de los austriacos en que se desmentían los triunfos del emperador en la guerra que á la sazón sostenía contra aquella nación, pintando la batalla de Essling como funesta para las armas francesas; luego fomentaron el disgusto general por la inicua prisión de Pío VII y procuraron que cundiese el descontento por las medidas tomadas por el ministerio movilizandó la milicia nacional de París.

Entre los afiliados había no pocos empleados en la policía, y entre ellos ¡oh inaudito prodigio! M. Anatolio de la Citrouilliére de la Garenne. Miranda y el antiguo diplomático no tardaron en hacerse amigos, desapareciendo, después de algunas explicaciones, el inveterado terror que el ex residente experimentaba al oír hablar del terrible revolucionario, como había sucedido en la tertulia de la duquesa de Montaland.

El escribiente de Talleyrand le explicó á Miranda cómo su eminente protector estaba muy resentido con Napoleón y cómo Fouché abrigaba también, interiormente, vivo rencor contra el déspota imperial; enteróle de que la antigua enemistad entre el ministro de policía y el príncipe de Benevento se había trocado en leal correspondencia y que, gracias á las recomendaciones del ilustre diplomático, había conseguido una plaza de agente secreto, colándose en las principales tertulias, tales como la de la duquesa de Montaland, la de Mme. de Genlis y otras.

—Y ¿no habéis tenido noticias de la condesa de Latour-Duchesne?—díjole un día Miranda.

—Cuántas queráis pedirme: soy uno de los poquísimos visitantes de Rosario.

—¡Pardiez que me habría de gustar conocer personalmente á la interesante viuda!

—Os presentaré esta noche. ¿Con qué nombre queréis que os designe?

—Con el que queráis,—respondió Fernando.—Elegid vos mismo, como más fuerte en achaques de blasón.

—Podrías ser, si os parece, el conde de Albanese, noble italiano, bonapartista acérrimo y espadachín.

—Perfectamente, mi querido M. de la Citrouillière. Así podré pasar algunos días entretenido antes de salir para Schoenbrun.

Por la noche los dos amigos se encontraron en la plaza de Nuestra Señora y se dirigieron al palacio de la calle de San Germán.

II

Era la morada que ocupaba Rosario una de las más aristocráticas de aquel encopetado barrio. Había sido edificado en el siglo XVII, según revelaba su majestuosa arquitectura, propia de la época del Rey-Sol. Altos balcones con severos guardapolvos y marmóreas balaustradas, y un grandioso portal sostenido por dos hermosas columnas y coronado por condal blasón, daban idea de la alta alcurnia de los dueños del palacio.

Miranda y la Citrouillière subieron por una ancha escalinata que se dividía en dos tramos al nivel del entresuelo, y, atravesando varios salones decorados con muebles de severo gusto y cuadros de los mejores autores del siglo pasado, llegaron á una antesala no menos artísticamente adornada.

Breves momentos hubieron de permanecer esperando, entreteniéndose Miranda en contemplar algunos hermosos paisajes de Claudio Lorrain y cuadros de Chardin y de Nattier.

Estando en eso, apareció un lacayo que levantó un hermoso cortinaje, anunciando al conde de Albanese y á M. de la Citrouillière, que entraron en el salón donde recibía la condesa.

Era una maravillosa pieza rectangular, amueblada según el gusto neoclásico de la época, notable por la riqueza de los materiales y la pesadez de la forma, pero que, sin embargo, producía imponente efecto. Conociase que aquella estancia había sido arreglada bajo la influencia de la moda napoleónica, y bastaban á demostrarlo, además de los sofás, sillones, consolas y mesas de entalle griego, los cuadros de Gros y de David que ocupaban las paredes, forradas de raso color de fuego.

El conjunto era majestuoso, sin duda alguna; pero causaba cierta impresión desagradable, como si en las artes suntuarias de la época se dejase ver la rigidez imperial, y como si la tiranía de la corte napoleónica hubiese conseguido imponer su marca en las líneas de los muebles. Era una suerte de estilo entre griego y romano, artificial y recargado, faraónico, matemático, militar. No era la regia elegancia del tiempo de Luis XIV ni la descocada lindeza del tiempo de Luis XV; no era la soberbia belleza del Renacimiento ni la incomparable armonía de la antigüedad helénica: era un arte académico, lineal, falto de color, de originalidad; verdadera expresión del despotismo. Podía conmovér por su fastuosidad pero no agradaba.

Cuando entraron en el salón los dos visitantes, se encontraban en él, sentadas en un diván, Rosario y otra hermosa dama ante la cual hizo una profundísima reverencia el ex residente, imitándole Miranda, aunque no la conocía.

—Tengo la honra de ofrecer mis respetos á los pies de V. A. imperial, señora duquesa,—dijo Citrouillière.—Condesa,—añadió luego,—tengo el honor de saludaros afectuosamente.

—El conde Albanese, noble italiano, adicto á vuestra augusta familia,—repuso en seguida presentando á Miranda á la duquesa.

—Y amigo de vuestro hermano,—continuó diciendo, dirigiéndose á Rosario.

—Sentaos, señores,—dijo la duquesa,—y dejad

aparte ceremoniosas fórmulas: ya sabéis que no gusto de la etiqueta de la corte y que sólo me complazco estando entre buenos y leales amigos. Bástame saber que sois fieles al emperador para estar á gusto en vuestra compañía.

III

La que así había hablado era una hermosísima mujer, viva imagen de las Venus que esculpieron los artistas de la antigüedad. Tenía el tipo inmortal



—Sentaos, señores,—dijo la duquesa.

de la diosa Citerea, correspondiendo al mismo sus ademanes y, excepto algunas gasas y encajes, su vestido. Parecía de mármol blanco su rostro, de negro jaspe su cabellera, y de florido alabastro los flotantes paños en que se envolvía. Jamás los ojos de Miranda habían visto más dulces y correctas líneas que las del perfil de su rostro y las del galbo de su torno. Sólo turbaban la escultural imagen de la dama los vivos é inquietos ojos, expresión de un alma ambiciosa y de un espíritu intrigante, y una sonrisa lúbrica y mecánica, resabios de las modas del Directorio.

Miranda no era un gran erudito, pero sin darse cuenta de ello viniéronle á la memoria los nombres de aquellas Julias, Livias, Mesalinas, Faustinas y Popeas que escandalizaban la corte de los Césares. En cuanto al cortesano ex residente, no sabía tanto y sólo creía encontrar cierto parecido entre ella y un camafeo que había visto en el Louvre.

Aquella soberana belleza era la princesa Paulina Borghese, duquesa de Guastalla, hermana menor de Napoleón Bonaparte, célebre por sus locuras y por otros excesos. El vencedor de Austerlitz, en su insensato endiosamiento, creía serle lícito lo mismo

disponer de las gracias de Paulina que hacer incurrir en iguales flaquezas á la reina Hortensia, hija de la emperatriz Josefina y esposa de su hermano Luis.

A su lado Rosario parecía el símbolo de la belleza espiritualista: vestía de riguroso luto sin ningún adorno, y su expresión era profundamente melancólica. Estaba muy desmejorada y brillaba en sus ojos extraño fuego.

—Para hacer más solemne mi promesa, quiero, amiga mía, renovarla poniendo por testigos á esos señores,—dijo la princesa.—Si,—repuso;—sabed que voy á ser la madrina del futuro conde de Latour-Duchesne, queriendo dar esta prueba de mi sincera estimación á nuestra encantadora condesa para que vea en ella un testimonio de mi ardiente cariño.

Rosario se ruborizó con aquellas palabras, estremejóse Miranda, y la Citrouillière hizo una reverencia.

—Grande será el honor que me dispensaréis, princesa,—respondió Rosario,—y os estaré siempre, por ello, profundamente agradecida.

La princesa de la Borghese había contrariado los proyectos de Miranda, por lo cual éste resolvió buscar ocasión que le proporcionase poder hablar á solas á la condesa.

La duquesa de Guastalla estaba mirando á Fernando con cierta curiosidad.

—¿Habéis servido con las armas al emperador? —le preguntó de pródigo.

Miranda, sin inmutarse, le contestó:

—Sí, alteza: tuve el honor de mandar uno de los regimientos italianos que se encontraron en el sitio de Stralsunda y estuve luego en la batalla de Espinosa.

Al oír estas palabras perdió el color la interesante condesa de Latour.

—¡Ah!—dijo la duquesa.—Recuerdo perfectamente aquella brillante empresa, y os felicito por haberos encontrado en tan gloriosos hechos. Y ¿no continuáis en el servicio?

—Mi humor vagabundo me impidió seguir en filas, pero no por eso he dejado de continuar prestando escasos aunque leales servicios á vuestra augusta familia. M. de la Citrouillière os podrá afirmar que alguna parte me cupo en que hubiese abortado el odioso complot de Oporto, que tenía por

objeto destronar á S. M. imperial y proclamar la república en toda Europa.

—¡Oh, qué monstruos!—exclamó aterrorizada la princesa.—No os podéis figurar cuánto os agradezco vuestro noble proceder. Jamás acertaré á expresar la angustia que se apoderó de mí cuando supe aquella horrible trama. ¡Quién sabe si hubieran llegado hasta matar al emperador! Yo, que no tengo un instante de tranquilidad cuando Napoleón está en campaña, que me figuro siempre verlo rodeado de puñales asesinos ó blanco de mortíferas balas, creí perder el juicio al saber que se trataba de derribar de su trono al mejor de los soberanos y de atentar, tal vez, contra la existencia del más bondadoso de los hombres. Mas ¿qué os ha dado, condesa? ¿Os sentís mala?

Rosario, en efecto, se había desvanecido en el diván.

—No será nada,—dijo Miranda;—molestias propias de su estado. Aquí hay un pomito de sales inglesas, y pronto volverá en sí respirándolo.

IV

Miranda tomó una redoma que estaba sobre un hermoso cofrecito cincelado, y la acercó al rostro de Rosario, que no tardó en recobrar el sentido.

—¿Os sentís bien?—preguntóle cariñosamente la princesa.

—Muy bien, señora: ha sido un ligero vahido. ¡Cuán buena sois!

—No digáis eso. Voy á retirarme, para que estéis perfectamente tranquila. Si esos señores tuviesen la bondad de acompañarme...

—¡Tanto honor no lo merecemos, alteza!—exclamó La Citrouillière.

—¡Conmigo no hay para qué usar de esa fraseología cortesana, señores! Eso se queda para Elisa y Carolina, que son soberanas princesas en el dulce país

ove il sí risuona.

Yo no soy gran duquesa, ni reina, y mi única ambición es el placer sin tasa ni medida. Ea, vamos á cenar juntos, amigos míos. Mi marido no es como el rey Luis.

Despidiéronse los tres de la condesa, y al encontrarse cerca la puerta de la antesala, dijo Rosario á Miranda:

—Si el señor conde fuese tan amable que quisiese contarse entre el número de mis amigos, le quedaría muy agradecida si de vez en cuando se acordase de visitarme...

—Condesa, me hacéis el más feliz de los hombres concediéndome tal honor. Mañana tendré el placer de pasar á enterarme de vuestra interesante salud.

Un coche de la casa imperial esperaba en el vestíbulo del palacio, ocupándolo la duquesa y sus dos improvisados comensales. Impertérrito Miranda, nada temía; y La Citrouillière estaba tan vanagloriado con el insigne honor de sentarse á la mesa con una hermana de Napoleón, que ya se le importaba una higa la república y los afiliados de la sociedad secreta *El divino Marat*.

Deslizándose suavemente por una hermosa calzada, llegaron á Choisy-le-Roi, en cuyo palacio tenía su morada la princesa.

La noche era hermosísima, resplandeciendo la luna en un cielo sereno y puro.

—Si os parece nos haremos servir en un cenador, —dijo la princesa.

—Siempre nos parecerá estar en la gloria donde quiera podamos contemplaros, princesa, —contestó el conde de Albanese.

Los tres se instalaron en un lindo pabellón formado por rústicas ramas de abeto entretejidas por tupido follaje, digno de adornar el *Petit-Trianon* en tiempo de María Antonieta. Al poco rato presentóse un nuevo convidado de alegre aspecto: era el poeta Beranger.

La cena fué gozosa. La conversación de la princesa tenía un sabor picante que no hubiera desdecido de la corte de la reina Margarita. Por su parte Beranger no escaseó *le gros sel gaulois* que le distinguía, y á los postres cantó admirablemente una de sus más populares canciones de entonces: *Le Sénateur*.

—Esto me gusta más que las tragedias de Ducis y Lermnier, —dijo la princesa. —Vais á haceros inmortal con esas coplillas, señor poeta, y de seguro que la posteridad se acordará más de vuestra *Madame Gregoire* que de esta pobre alteza imperial. ¡Apenas si dirá que vendí mis estados por dinero contante!

—La posteridad, señora, dirá que toda la gloria de Bonaparte junta no igualaba á la belleza de la duquesa de Guastalla.

—Ciertamente, —exclamó Miranda.

—Precisamente eso, —repuso La Citrouillière.

No pareció desagradable aquella enorme lisonja á la princesa, y, haciendo un mohín muy gracioso, dijo:

—Sois unos cortesanos aduladores. ¡Dijéraislo de Josefina!

—¡Oh! ¡No, no! —exclamó Beranger. —Sois mil veces más hermosa vos. La emperatriz es una figura de Boucher: vos una diosa de David.

Parecerse entonces á una diosa de David era el mayor de los elogios, y, con todo, á nadie podrían gustarle hoy semejantes figuras, revestidas de una falsa majestad. Esto era inevitable dado el traje de la época: aquellos peinados imitados de lo antiguo, aquellos cuellos rígidos, aquellos vestidos ceñidos por debajo los sobacos, aquellas formas almidonadas, aquellos pliegues rectilíneos, aquellos ademanes acompasados, resultado del corte de los trajes, eran la imagen de la inmovilidad moral que engendra el despotismo.

Miranda, que no podía ocultar su origen meridional, encomendándose á Carmen y pidiéndole perdón de las palabras que iba á decir, exclamó:

—No sois una diosa de David: sois la diosa que adoramos todos.

El cumplido gustó á la princesa Borghese: ser diosa era más que ser emperatriz.

Así es que no pudo reprimir una encantadora sonrisa de agradecimiento que el demagogo incluyó entre los triunfos que había conseguido contra los tiranos.

Pero de pronto acudió una reflexión á su despejada mente.

—¡Cuidado! —murmuró para sus adentros. —¡No vayamos á incurrir en las necedades de Barnave respecto á la princesa Isabel! Barnave era un francés fatuo, y yo soy un grave español y tengo á Carmen, que vale más que la duquesa de Guastalla bajo todos conceptos.

Levantáronse los comensales, y la princesa tomó el brazo de Miranda para dar una vuelta por el parque.

Hay un hermoso *nocturno* de Enrique Heine en el que se cuenta cómo la hija del alcaide de Zaragoza estaba enamorada de un arrogante caballero y cómo solían verse por las noches en el jardín del alcázar, entre rosas y mirtos.

Y decíale D.^a Clara, al caballero, que le amaba, que le adoraba y le idolatraba.

Y se lo juraba por tan cierto como que aborrecía con odio mortal á los narigudos judíos.

Y se lo juraba por el Redentor del mundo, al cual crucificaron los judíos.

Y se lo volvía á jurar como cosa tan indudable cual la pureza de su estirpe, por la que no corría una sola gota de sangre de judíos.

Y al despedirse el amador, al preguntar D.^a Clara, todavía palpitante de pasión, que cómo se llama el caballero, le respondió éste:

—Yo soy, señora, el hijo del docto y glorioso don Isaac-Ben-Israel, gran rabino de la sinagoga de Zaragoza.

La duquesa de Guastalla le consintió á Miranda y le juró muchas cosas parecidas á las que consintió y juró D.^a Clara á Ben-Israel; pero al despedirse no le dijo que fuese judío ni español, sino siempre que era el conde de Albanese, noble italiano, adicto á Napoleón.

Es que había una condesa de Latour-Duchesne con la cual pensaba arreglar ciertas cuentas y que le impedía ser franco con las princesas.

V

Al día siguiente regresó á París el semi-infiel amante de Carmen Mendoza, procurando cohonestar su falta con la idea de que había alcanzado una de las conquistas que más podían disgustar á Napoleón.

La condesa de Latour había quedado hondamente impresionada con la visita del conde de Albanese. El noble italiano había estado en Stralsunda y en Espinosa y debía conocer, por lo tanto, á cierto militar que se había conducido brillantemente en ambas acciones de guerra.

Esperaba, pues, con ansia, la española, que se presentase de nuevo el bravo italiano, y, sin embargo, experimentaba cierta turbación al pensar en él: había creído distinguir algo de irónico en sus maneras, algo de acerado y agresivo en sus palabras, como cierto sarcasmo en su acento, como cierto desprecio en sus miradas.

Le había chocado asaz su desenvoltura, ella que estaba acostumbrada ya á los más exagerados cumplidos y á las cortesías más ultraceremoniosas. El conde de Albanese le había mirado con marcada altanería y se había mostrado excesivamente sereno, aun delante de una princesa imperial, ante la

omnipotente María Paulina, la bien amada de Bonaparte... según Mme. de Remusat.

Rosario esperaba con ansia y terror la visita del impávido conde de Albanese: la Citrouillière le había dicho que era amigo de Antonio.

Esto le daba algo que reflexionar: ¿de cuándo conocía á Antonio el conde de Albanese?

Rosario estaba cambiada enteramente. Si la hubiese visto Espinosa hubiera podido exclamar con Shakespeare: «¡Fragilidad! Tu nombre es mujer.»

La granadina, la morisca, la oriental, la apuesta Rosario, se había transformado en una acabada y perfecta condesa del arrabal de Saint-Germain, en una de las amigas predilectas de la duquesa de Guastalla. ¿Qué más? Napoleón la había visitado más de una vez, la emperatriz deseaba conocerla, la corte hablaba de ella.

Se sabía que Napoleón y su esposa habían tratado de casarla con un mariscal, con un conde del imperio...

Y Rosario no se había asustado ni había quedado despavorida ante aquellos intentos.

Aquella existencia en medio del más ostentoso lujo, los triunfos de su belleza aumentados con la leyenda de su enlace, la amistad de la princesa Borghese, sus riquezas y su título, habían conseguido hacerle olvidar momentáneamente la patria y el antiguo amor.

Pero se había presentado ante ella un hombre que le había hablado de Stralsunda y de Espinosa, y la condesa de Latour se sintió turbada hasta el fondo de su alma, y sintió vergüenza, remordimientos, celos y ansiedad.

¡Cuánto tardaba el conde de Albanese! ¡Ah, no! ¡Cuán pronto llegaría!

Por último vino. Rosario estaba sola, muellemente abandonada en un sillón.

Miranda saludó con la mayor afabilidad á la condesa, que no pudo reprimir un movimiento de turbación.

—Ya véis que me he apresurado á hacer uso del permiso que me concedisteis para poder visitaros,—dijo el conde.—Mucho me tardaba en tener la dicha de volver á veros, deseoso de saber si os encontráis ya restablecida de la sensible indisposición de anoche.

—Mil gracias por el interés que os habéis tomado, conde,—respondió Rosario.—Estoy ya bien del todo.

—Me alegro infinitamente, pues me inspiráis profundísimo interés. Creed, señora, que, á pesar de no haber tenido el honor de conoceros hasta hace pocas horas, se me figura que hace mucho tiempo que he tenido el placer de veros y trataros cual si fuera en sueños.

—¿Vos?

—¡Oh, sí! Vuestra imagen no me es desconocida, creedlo, aunque no pueda decir cuándo se me ha aparecido ni en qué ocasiones la he contemplado.

—Decís cosas que no comprendo, caballero, pues en cuanto á mí, no acierto á recordar que haya tenido nunca el honor de veros hasta ahora.

—Será, quizás, que confundiré mis propias impresiones y las imágenes que me son caras con las impresiones y las imágenes caras á algún amigo; porque tengo la dicha, condesa, de poseer amigos tales, de estar unido con tan estrechos vínculos á ciertos hombres, que han llegado á hacerse comunes lo mismo los agravios de los unos que los de los otros, comunes las penas y las alegrías, las tristezas y los goces, las amarguras y los placeres. Tal vez alguno de esos amigos me ha hablado muchas veces de la mujer amada, y esa mujer ha resultado tan parecida á vos en la forma y en el alma que se refleja en vuestro rostro que habré llegado á confundiros con ella. Esa será, sin duda, la causa de haber creído conoceros desde hace muchos años.

—Gran suerte tenéis, conde,—replicó Rosario,—en poseer tan estrechas amistades, y me sorprende el que creáis que alguno de vuestros íntimos pueda haber fijado su pensamiento en una mujer de parecidas condiciones á las mías. Tened por cierto que mi esposo ha sido el único, que yo sepa, que me haya amado, y que si algún otro ha querido hacerme creer, ese ha mentido villanamente y me ha engañado. No puede ser, por lo tanto, que yo me parezca á ninguna amante de algún amigo vuestro, á no ser que vuestro amigo os dijera lo que no sentía, pues á las mujeres parecidas á mí, sólo pueden amarlas los hombres parecidos á mi malogrado esposo, y hay pocos, muy pocos de esos. Perdonad que os lo diga, pero creo que ninguno de vuestros íntimos puede compararse con él, por más que tal vez le sean superiores en otras cualidades, pero no en firmeza ni lealtad. No hablo de vos, conde: sé que sois leal y sincero.

—Mis amigos, condesa, lo son tanto como yo, y al-

guno de entre ellos es el dechado de la lealtad y del honor.

—Mucho me holgaría saber el nombre de tan peregrino caballero: si quisierais decirlo...

—Se llama Ricardo Espinosa, señora.

—¡Ah! ¡Habláis del rendido amante de cierta espía de Nyborg, de una ninfa de Fouché!...

—Mi amigo, señora, jamás ha sido amante de ninguna espía: lo que hizo fué obligarle á morir de desesperación, lo que hizo fué dejar escapar una lágrima al contemplar muerta en sus brazos á la pobre víctima de su amorosa lealtad. El coronel Espinosa sabía que debía su corazón por entero á Rosario Albenza, y jamás dejó entrever el menor indicio que pudiera hacer creer que faltaba á los juramentos que le había prestado. Julieta era hermosa como un ángel; se portó con los españoles cual si corriera por sus venas igual sangre y animara su pecho igual anhelo; se ofreció en alma y vida al coronel, y jamás pudo ver ni en las palabras ni en el comportamiento de Espinosa el más ligero rayo de esperanza para su acendrada pasión. Cuando cayó á su lado, atravesada de un balazo destinado á él; cuando en el último momento de su agonía imploró del coronel una palabra de consuelo; el coronel no creyó deber negar á la infeliz moribunda un poco de piedad, y calmó la ansiedad de su alma, ya que no pudo devolverle la vida. Esta fué toda la deslealtad de Espinosa con Rosario: acrimine su conducta quien se atreva.

La condesa había seguido anhelante las palabras de Miranda, y con voz ahogada exclamó:

—¡Desventurada de mí!

VI

Miranda vió cómo brotaba copioso llanto de sus ojos y continuó diciendo:

—El coronel creyó haber cumplido como bueno: hombres como él siempre lo hacen así. Más tarde estuvo en la batalla fatal de Espinosa de los Montes y allí cayó herido gravemente, y, apenas volvió á la guerra, logró obtener una feliz victoria. Entonces fué cuando un oficial francés le dió noticias de su amada, pero de un linaje que no podía esperar ciertamente: su Rosario, su española, había huído con un capitán francés, se había casado con él y había llegado hasta la última consecuencia, aceptando la donación de todos los bienes, hecha por su

esposo antes de suicidarse. ¡Quién sabe si irán á decirle que está en cinta la interesante viuda y que va á ser madrina del bautizo la hermana del noble invasor de España! Afortunadamente, poca mella le hará ya saberlo todo, pues el brigadier ha encontrado quien tuviese poder para consolarle: un ángel que le ha devuelto la calma y ha llenado de celeste dicha su existencia.

—¿Qué decis?—exclamó Rosario.—¿Ricardo ama á otra mujer? ¿Ricardo?...

—Ricardo va muy en breve á hacer esposa suya á la que fué la estrella que le guió en las tinieblas de la desesperación.

—¡Él, él casado! ¡Pronto se consoló de mí y de la otra!

—¡Qué queríais que hiciera! ¿Queríais que contemplase desde lejos el cuadro de la felicidad de la perjura, roído el corazón por las víboras de los celos? ¿Queríais que diese fin á su desolada vida sin levantar antes los ojos al cielo buscando un rayo de luz? Espinosa lo hubiera perdonado todo si no hubiese sabido que la olvidadiza española estaba muy á su gusto en la corte imperial; pero tal conducta hirióle á la vez en su sentimiento de hombre y de patriota. Una pobre huérfana, una desgraciada niña cuyo padre había muerto de las mismas balas que habían herido al brigadier, se cruzó en su camino. Era bella y dulce, cándida y virginal, buena y graciosa, y Espinosa creyó que Dios se la enviaba para que la protegiese en su desvalimiento. Empezó por ampararla, y pronto la gratitud de la una y la tierna compasión del otro, trocáronse en vehemente amor.

—¡Todos felices menos yo!—exclamó Rosario.—¡Ah! ¡Pronto olvidó sus amores Espinosa! Pero ¡qué digo! ¿Acaso no siento en mis entrañas al ser que he de amar más que á todos los hombres juntos? ¿Acaso no tengo obligaciones que llenar ante el recuerdo de mi noble esposo? Acabemos ya: yo soy Rosario Albenza. Motivos tuve para creer en la verdad de la traición del coronel: la ocasión en que llegó á mis oídos su nombre, unido al de Julieta, hacía presumir que no era calumnioso el rumor. Si

falté en algo, culpa es de la precipitación con que creí ser realmente amor lo que según contáis era tan sólo efecto del buen corazón de Ricardo. Sin embargo, si él fué noble, no lo fué menos el conde de Latour, que por salvarme á mí se acusó él de un crimen deshonesto. ¡Siempre esa fatal familia ha sido nuestra implacable enemiga! Yo he aceptado, es cierto, la herencia de mi marido; pero no por mí, os lo juro, sino por mi hijo. Aun hubiera habido una esperanza sin ese amor de Espinosa: tal vez conseguiría hacer que renaciése su antiguo amor arrojándome á sus pies y pidiéndole perdón; pero no quiero alterar la dicha de esa pobre niña. Decidle al coronel que deseo su felicidad más completa, que en todos los países existen corazones nobles y que hay franceses dignos de ser amados, lo mismo que francesas: ¡harto lo sabe él! No me acuséis, caballero, de ser hartamente agradecida al que me dió su mano antes de morir; pero sólo pensaré siempre en quien debo pensar. Tal vez un día podremos encontrarnos de nuevo los que fuimos rendidos amantes, y nos miraremos cara á cara uno y otro sin tener que bajar los ojos. Rendíme primero al impulso de los celos: vencida quedé después con las armas de la gratitud. Él, por su parte, no ha dejado de amarme sino cuando hubiera sido en mí un crimen el corresponderle. Ambos quedamos igualmente dignos: ni yo le hice traición ni él cometió ninguna villanía al dar palabra de casamiento á otra.

—¡No me explico, condesa,—exclamó Miranda,—cómo os podéis conformar tan fácilmente con vuestra nueva situación!

—Tendré un hijo: eso es lo que me anima, esa es mi esperanza, eso me consuela en mi soledad.

—Condesa, creo que Espinosa quedará satisfecho de las explicaciones que habéis dado.

—Si le veis, decidle que, ya que no me ame, al menos que no me odie.

—Tened por cierto que no os odiará, señora: sois digna de haber sido amada por aquel gran corazón.

Miranda se despidió de la condesa, reflexionando acerca de los extraños sentimientos que cabe experimentar al corazón humano.



CAPÍTULO XV

Comentarios al anterior

I

MIRANDA llegó á su alojamiento presa de extraña inquietud en su espíritu. El caso que acababa de presenciar era asaz difícil de poder ser juzgado sencillamente. Era indudable que Rosario había cedido á un impulso harto rápido; pero las extrañas circunstancias en que había escuchado la revelación de la conducta de Espinosa y la indudable buena fe con que había sido hecha por el desgraciado defensor de la novicia, atenuaban la gravedad de la impremeditación con que había obrado la joven en su desesperada resolución. No le cabía duda á Miranda de que, una vez convencida de su funesto error, hubiera ido Rosario á acabar sus días en un convento, llorando su desgraciada culpa; pero Rosario había sentido que iba á ser madre y necesitaba vivir para su hijo y velar por él.

Ir á arrodillarse á los pies de Espinosa encontrándose en visperas de dar á luz el fruto de otro amor, era indigno de un alma bien nacida, y, sobre todo, de un alma delicada. Miranda se convenció de que Rosario no podía obrar de distinto modo del que obró. Una voluntad superior había roto la dulce cadena que unía su corazón al de Espinosa y no era posible unirlos ya de nuevo.

Por su parte Espinosa tampoco podía portarse de distinto modo. En nada había sido infiel á Rosario. Cuando declaró á Estrella su purísimo amor, Rosario no era ya su amante, sino la esposa de otro

hombre, francés además. Tampoco podía, pues, reprocharle nada su antes fiel compañera.

Miranda había querido ver á Rosario pretendiendo acusarla y anonadarla, y sólo había conseguido aprender, dichosamente á costas de otros, las extrañas vicisitudes del corazón de los mortales.

Así Romeo, enamorado perdidamente de Rosalía, siente de pronto desvanecerse su pasión para rendirse con amor inmortal ante la belleza y la juventud de Julieta; así el amante de Beatriz no puede evitar que sus ojos se fijen amorosamente en cierta bella dama, creyendo encontrar en sus miradas alivio al dolor causado por la muerte de la blanca criatura, hasta que descubre que era amor lo que sentía.

Miranda dejó, pues, de acriminar á Rosario: aparecíasele, ante todo, como madre, y esto bastaba á imponerle respeto; pero á la vez reconoció con profundo espanto la fragilidad de las pasiones humanas, sujetas á las condiciones exteriores como miserables siervas, en vez de ser, como creía, las dominadoras del albedrío.

Sentía el rudo campeón del pueblo que no podía destruirse la gran tiranía de la naturaleza que parece dictar á su antojo los sentimientos y las afecciones, y en el fondo de los más nobles amores y de los más excelsos actos creía distinguir el brutal manejo de alguna fuerza ciega que disponía de los

sexos como de hechuras suyas destinadas á servirla en sus designios.

Tales ideas cuadraban bien en aquella época de despotismo. ¿Quién sabe si el grande emperador no era también más que un vil esclavo de otra voluntad superior, como un centro solar es una pobre estrella movida por otro centro, y éste por otro, hasta llegar á los insondables abismos donde se esconden las fuerzas directrices de los mundos?

Y Miranda, abrasada la frente y desvanecido el pensamiento y acongojado el corazón, exclamó con inefable amargura:

—¡Oh, libertad! ¡No eres más que una ilusión!

II

Es privilegio del narrador poder salvar las distancias cuando así lo quiera, y, validos de este derecho, dirigiremos una mirada á una estrecha celda del colegio de los recoletos de Madrid, donde agoniza en su lecho de muerte un pobre fraile llamado Fr. Analecto de la Transubstanciación.

Allí yacía rodeado de sus hermanos, que cantaban con sepulcral acento las oraciones de los agonizantes en torno del moribundo. La terrible salmodia parecía causar estremecimientos de espanto al desdichado en cuyos oídos resonaba lúgubramente el *De Profundis*.

Terminada la ceremonia, fueron abandonando los frailes la mísera celda, quedando sólo uno de ellos á la cabecera del lecho del moribundo.

Este se esforzó por levantarse é indicó con un ademán, al que le velaba, que le acercase un librito que estaba sobre el reclinatorio, al pie de un crucifijo.

Fr. Bernardino de Sena, que así se llamaba el fraile, cumplió los deseos del enfermo y le entregó el libro.

Era una edición, en muy pequeño tamaño, de la *Imitación de Cristo*, que denotaba haber sido muy leída á juzgar por lo usado de su encuadernación de terciopelo negro con cantos de plata.

Fr. Analecto abrió el libro y lo volvió á entregar á su compañero, que vió señalados algunos pasajes del capítulo V, libro III, sobre los efectos del divino amor.

El fraile leyó: «Gran cosa es el amor y gran bien sobre todo. Él solo hace ligero todo lo pesado y lleva

con igualdad todo lo desigual, pues lleva la carga sin peso y hace dulce y sabroso todo lo amargo. El nobilísimo amor de Jesús nos anima á hacer grandes cosas y mueve siempre á desear lo más perfecto. El amor quiere estar en lo alto y no ser detenido por cosas bajas. El amor quiere ser libre y ajeno de toda afición mundana, para que no se impida su vista interior.

»No hay cosa más dulce que el amor, ni más fuerte, ni más alta, ni más ancha, ni más alegre, ni más cumplida, ni mejor en el cielo y en la tierra, porque el amor nació de Dios y no puede aquietarse con todo lo criado sino con el mismo Dios.»

El moribundo lanzó un suspiro y besó fervorosamente el crucifijo que tenía entre sus manos.

Fr. Bernardino siguió leyendo. Era su voz tan dulce que era regalada música celeste.

«El que ama vuela, corre, alégrase, es libre, no es detenido: todas las cosas da por todo y las tiene todas en todos.

»El amor siempre vela, y durmiendo no se adormece; fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta; sino que, como viva llama y ardiente luz, sube á lo alto con seguridad.

»Dilátame en el amor para que aprenda á gustar con la boca del corazón tus secretos y cuán suave es amar y derretirse y nadar en el amor. Sea yo cautivo del amor saliendo de mí por un gran fervor y admiración. Cante yo armonías de amor.

»El amor es diligente, limpio, piadoso, alegre y deleitable; fuerte, sufrido, fiel, prudente; espera largo tiempo, es varonil y nunca se busca á sí mismo, porque, haciéndolo así, luego cesa de ser amor. El amor es muy mirado, humilde y recto; no es regalado, liviano ni entiende en cosas vanas; es sobrio, firme, casto, reposado y recatado en todos sus sentidos.

»Conviene al que ama abrazar de buena voluntad por el amado todo lo duro y amargo y no apartarse de él por cosa contraria que le acaezca.»

Fr. Bernardino cesó de leer y hojeó silenciosamente algunas páginas.

El moribundo seguía besando el crucifijo y rezando con débil murmullo.

El fraile de la dulce voz acercóse entonces al lecho y leyó estas otras palabras de la *Imitación*:

«¿Qué diré yo, pecador, lleno de toda confusión? No tengo boca para hablar sino sola esta palabra:



FRAY BERNARDO SIGUIÓ LEYENDO...



—¡Pequé, Señor, pequé! ¡Haced misericordia de mí, perdonadme!—Dejadme un poquito para que llore mi dolor antes que vaya á la tierra tenebrosa y cubierta de oscuridad de muerte.

»¡Oh, cuánta confianza tendrá en la muerte el que se siente que no le tira cosa alguna de este mundo!

»La serpiente antigua te instigará y se embravecerá, pero con la oración huirá.

»Sosiega tu alma y apercíbete para trances mayores. Aunque te veas muchas veces atribulado ó gravemente tentado, no está ya por esto todo perdido. Hombre eres, y no Dios; carne, y no Ángel: ¿cómo podrás tú estar siempre en un mismo estado de virtud, pues le faltó al Ángel en el cielo y al primer hombre en el Paraíso? Yo soy el que levanto con entera salud á los que lloran y traigo á mi divinidad á los que conocen su flaqueza.»

Fr. Bernardino cerró el libro y se arrodilló junto al lecho, uniendo su oración á la que balbuceaban los trémulos labios del agonizante.

Los ojos de Fr. Anacleto se abrieron desmesuradamente cual si contemplaran celeste aparición, sonrió dulcemente con inefable sonrisa y dando un profundo suspiro exhaló su alma.

Fr. Bernardino se levantó y cerró los párpados del pobre recoleto.

III

Hacia siete meses que Fr. Anacleto había contraído una terrible enfermedad que el médico del convento había calificado de *hipertrofia cardialis*.

No creamos mucho en el poder de la ciencia; pero el tratamiento que se seguía entonces contra las enfermedades del corazón, comparado con el actual, era desastrosísimo. Consistía, sobre todo, en sangrar á los enfermos á cual más, según los métodos de Albertini y Valsalva. La digital no había venido aún á prestar sus incomparables servicios, ni muchos otros remedios que ha tenido la suerte de hallar la medicina moderna.

Fr. Anacleto tenía una lesión orgánica del corazón, y el médico, en vez de detenerla, había conseguido tan sólo agravarla lastimosamente.

Á cada sangría se abreviaba por gran número de años la vida del pobre religioso, y las sangrías eran incesantes. Parecía que el doctor del convento fuese el precursor de Broussais.

Fr. Anacleto lo comprendía todo, y, entre tantas cosas como no se le ocultaban, había adquirido el convencimiento de que el doctor que le visitaba era uno de aquellos de quienes decían los jueces del tribunal: *Accipiamus pecuniam et mittamus asinum in patriam suam*. (Recibamos el dinero y mandemos el asno á su casa.)

Fr. Anacleto no quería matarse por no dar un escándalo, pero aceptó de buen grado que lo rematase su médico á puro golpe de sangrías.

IV

Pero ¿por qué quería morir Fr. Anacleto?

Quería morir para evitarse pasar los minutos, los momentos y los días en aquel estado de congoja, de tortura, de martirio y de dolor en que los pasaba él recordando que habia en el ejército de La Romana un brigadier llamado Espinosa.

Y que en el ejército de ocupación habia existido un capitán llamado Latour-Duchesne.

Y que en París habitaba una ex novicia llamada Rosario Albenza: no, llamada la condesa de Latour-Duchesne.

Y pensando que aquella Rosario, que aquella novicia, habia atravesado una vez los claustros del convento cuando él se dirigía á su confesionario.

Era una monja morena, aita, con grandes ojos, muy hermosa.

Pero ¡no, mil veces, no! ¡Era una pérfida, una infame, una vil afrancesada!

Era una incomparable sirena. ¡Qué ojos tan seductores! ¡Qué voz! ¡Qué aire! Toda España junta no era tan española como su gracia.

Parecía el espíritu nacional, la independencia, el honor, la patria, el hogar.

¡Y se casó con un francés!

¡Y abandonó á un héroe, al que habia dejado admirado al mariscal Brune en Stralsunda, al que habia obligado á La Romana á verificar aquella retirada de Dinamarca, superior á la retirada de los diez mil, inmortalizada por la Grecia!

V

Fr. Anacleto quería morir, quería que su médico le sangrase más y más, y se lo exigía, y mentía para que lo hiciese.

Y después que había perdido sangre y más sangre, sabía lo que le esperaba: un delirio.

Pero ¡qué delirio! ¡Un delirio en que Rosario se le aparecía siempre, y la veía, veía á la novicia, vestida de blanco y pardo, como una Santa Teresa.

Veía á la que había inspirado á Espinosa las temerarias y homéricas hazañas de Stralsunda y la retirada de Langeland. Veía á la que parecía disponer del espíritu de España.

¡Horror! ¡Horror! ¿Qué era lo que acababa de distinguir confuso y vago?

Rosario abrazaba á un francés.

¡No! ¡Era un fantasma, era alguna horrenda pesadilla.

¡Pero la pesadilla era verdad! Rosario estaba abrazando, besando, entregándose, postrándose y arrodillándose ante un hombre... ¡que llevaba el uniforme de los cazadores de á caballo de la guardia imperial!

Le amaba, le idolatraba: no cabía duda.

Le adoraba, le quería con toda su alma: era evidente.

¡Y allá lejos, lejos, muy lejos, en Espinosa de los Monteros, caían generales y más generales!

¡Y soldados y más soldados, jefes y oficiales, paisanos, niños, mujeres, todos caían!

¡Y se oían los inmortales, los por siempre incomparables, los gloriosos, los sobrehumanos gritos de la sin par Zaragoza! ¡Zaragoza que se defendía! ¡Zaragoza, loca y delirante, que arrojaba su desprecio á la cara del vencedor de Friedland, protestando, en nombre de la franqueza y de la verdad del libre reino de Aragón, contra las impuras victorias alcanzadas sobre pueblos esclavos! ¿Qué eran Austerlitz, ni Essling, qué eran Eylau, ni Jena, que eran Friedland, comparados con Zaragoza? Nada... menos de lo que no puede decirse, menos que la más deleznable palabra.

¿Qué eran los archiduques, ni los feld-mariscales, ni los mariscales palatinos, ni los duques y príncipes titulares, comparados con Palafox? ¡Nada, nada, muchísimo menos que nada!

VI

Pero ¡oh maldición! había una mujer.

¡Oh, sí! ¡Había una mujer! ¡Cien veces maldición!

¡Una mujer que no atendía á Zaragoza!

¡Una mujer que no atendía á España! ¡Una mujer cuyo amor propio era bastante satánico para no sentirse ufana de poder decir: *Soy española como los zaragozanos!*

Tanta honra no le bastaba.

Pero ¡quién sabe! ¡quizás tanta honra la rebajaba!

¡Y se entregó á un francés porque creyó que un español le había sido infiel por una mujer francesa!

¡Y, á cambio de un pique de hembra, renegó de su patria!

VII

En el fondo de un convento de recoletos había un fraile.

Y este fraile, sacrilegamente prendado de una mujer, se enamoró de ella y prefirió dirigir á ella su amor que no dirigirlo á Jesucristo, Redentor del mundo.

Y esta mujer era ella.

¡Ella, la afrancesada! ¡Horror! ¡La madre de un francés!

Y Fr. Anacleto se entristeció.

Y Fr. Anacleto sintió que se moría.

¡Que se moría de dolor, de celos y de remordimientos!

Y Fr. Anacleto quiso todos los días azotarse, revestirse de cilicio, ayunar y hacer rigurosa penitencia.

¡Y creía que la falsa con esto volvería á ser española y huiría de sus sueños!

¡Pero ya lo sabía todo él, ya lo sabía! La perjura, la apóstata, la desleal, no sólo le atenaceaba las entrañas y le atormentaba y no le dejaba un solo instante aliviado de su obsesión, sino que ¡oh espantosa realidad! era la amiga de la Borghese.

Y la Borghese iba á ser madrina del bautizo de su hijo.

Y ella, la española, ¿qué iba á ser? ¿adónde iría á parar?

¡Oh vértigo! ¡Quién sabe si en concubina de Bonaparte!

VIII

Fr. Anacleto debía contener sus horrorosas emociones y ocultarlo todo.

Refluían á su corazón los torrentes de abrasada

sangre que circulaban por sus venas, dábanle angustiosas sofocaciones, tornábase lívido, tenía horribles pesadillas, íbasele la cabeza y entumeciáanse sus miembros y se hinchaban.

Sentía que palpitaba violentamente su pecho, oscurecíase su vista, huían de él las sensaciones del que goza salud, no tenía hambre ni sed, y le espantaba el sueño, turbado continuamente por tenebrosas visiones.

Y si el cansancio cerraba sus párpados, ya sabía lo que le esperaba: antes que nada, veía unos ojos negros, sombreados por larguísimas pestañas, y aquellos ojos le miraban hasta el fondo de su alma, lanzando destellos que se clavaban en su corazón como agudas espinas; veía después unos labios encarnados que se posaban en su abrasada mano y la quemaban, y él sentía entonces como un tizón, como un encendido clavo que la atravesase.

Veía un jardín bañado de sol y perfumado de suaves aromas, y de pronto todo quedaba en la más profunda oscuridad, y aparecía la luna, roja y si-

niestra, y en vez de las blancas novicias veía correr por los claustros bandadas de negros fantasmas, y del surtidor manaba roja sangre en vez de cristalina agua, y salían quejidos y lamentables gritos de todas partes, y todo aparecía amenazar y todo caer y todo blasfemar, piedras y árboles, el aire y la tierra.

Y un cadáver yacía en el suelo, bañado en sangre, y otro más lejos, y entre los dos muertos una figura blanca.

Fray Anacleto despertaba atemorizado, y entonces el infeliz se veía él enfrente de sí mismo, se veía con los rasgos de un condenado, de un réprobo infernal.

Gritaba y no le oían, quería huir y no podía, y por último caía al suelo, desplomado y sin aliento, y así le encontraba el día, á cuya bienhechora luz parecía recobrar la vida.

Y así iban pasando las horas de aquella atormentada existencia, hecha trizas por la ex novicia llamada la condesa de Latour Duchesne, á cuyos pies yacían tendidos tres cadáveres.

